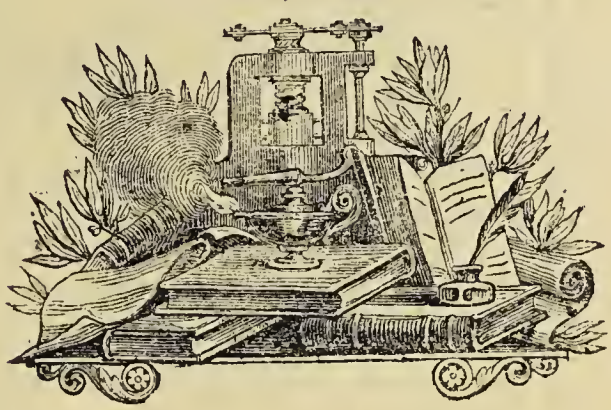
GALERIA DRAMATICA.

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca finjida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La batelera de pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendarias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sue
Mas vale llegar á tiemp
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey 2.ª
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retir
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistado
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Arag
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antañ
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde m
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatias.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganza.
¡Es un bandido!

LA HIJA DEL REGENTE,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

escrita en francés por Alejandro Dumas,

Y ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

por

D. Isidoro Gil

Y

D. RAMON DE NAVARRETE.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 20 de Junio de 1846.

MADRID.

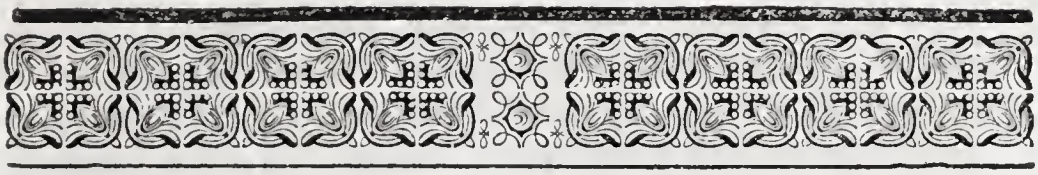
IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Junio de 1846.

714079

PERSONAS.	ACTORES.
EL REGENTE DE FRANCIA. .	*Don Pedro Sobrado.*
DUBOIS, *su ministro.* . .	*Don Julian Romea.*
GASTON DE CHANLEY. . .	*Don Florencio Romea.*
TAPIN.	*Don Lázaro Perez.*
EL CAPITAN LA JONQUIERE.	*Don Lorenzo Uzelay.*
OVEN.	*Don Patricio Sobrado.*
UN POSADERO.	*Don Ignacio Silvostri.*
UN UGIER.	*N. N.*
PRIMER GUARDIA. . . .	*Don Manuel Estrada.*
SEGUNDO GUARDIA. . . .	*Don Mariano Muñoz.*
UN OFICIAL.	*N. N.*
ELENA.	*Doña Matilde Diez.*
MADAME DESROCHES. . .	*Doña María Córdoba.*
MADAME BERNARD. . . .	*Doña Mariana Chafino.*

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cualfuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.

Una sala en la posada del Tigre real *en Rambouillet.*

ESCENA PRIMERA.

MADAME BERNARD, *saliendo de un cuarto.*

Oh! Qué terrible plaga son los tales criados! No saben encender siquiera una chimenea sin llenar el cuarto de humo. (*Va á abrir una ventana situada frente á los espectadores.*) Esto es... Ahora, vamos á hacer que esté todo dispuesto para la cena de esas señoras, ó por mejor decir, á disponerlo yo misma si han de estar bien servidas. (*Vase.*)

ESCENA II.

DUBOIS *y* TAPIN, *saltando los dos por la ventana.*

Dub. Es aqui, maese Tapin?
Tap. Aqui mismo.
Dub. Entonces, ayudadme á entrar... (*Entra en la habitacion.*) Bueno, gracias... Ya conoceis mis instrucciones.
Tap. Las ejecutaré al pie de la letra.
Dub. Bien está, marchaos. (*Vuelve á cerrar la ventana.*) Brrrrr! No hace calor esta noche; felizmente en este cuarto hay un buen fuego. (*Siéntase al lado del fuego,*

abre una cartera, saca de ella unos papeles que estiende sobre la mesa, y empieza á hojearlos.) Vamos, mi policía secreta no me ha engañado, y los conjurados bretones se han puesto ya manos á la obra; pero cómo diablos habrá venido tan despacio el encargado de asesinar al Regente? Salió de Nantes el 11 de Enero al medio dia, y aun no ha llegado á Rambouillet hoy 21 á las ocho de la noche... Hum! aqui se encierra algun nuevo misterio que no dejará de descubrirme el escelente espía que hemos empleado en la servidumbre de nuestro moderno Bruto... Hola! no hay nadie!... Cómo diablos se llama en esta casa... Ah! alli veo una campanilla. (*Llama.*)

ESCENA III.

DUBOIS, *sentado á la mesa.* MADAME BERNARD, *saliendo.*

Mad. Ber. Jesus me valga!
Dub. Venid acá, señora Bernard, venid acá.
Mad. Ber. Caballero, vos no estabais hace un momento en esta sala!
Dub. Teneis razon, estaba en la calle.
Mad. Ber. Pero por dónde habeis entrado?
Dub. Por la ventana.
Mad. Ber. Por la ventana! Y por qué por la ventana?
Dub. Porque temia ser visto al pasar por la puerta.
Mad. Ber. Qué quereis?
Dub. Deciros una palabra á solas.
Mad. Ber. A solas! Es que yo no os conozco.
Dub. Asi que yo os haya dicho esa palabra, me conocereis perfectamente.
Mad. Ber. Y esa palabra es...
Dub. Mi nombre, y nada mas.
Mad. Ber. Vuestro nombre!... tan conocido es vuestro nombre?
Dub. Muy conocido.
Mad. Ber. Decid.
Dub. Acercaos mas!... un poquito mas!
Mad. Ber. Con que ha de ser muy bajito?
Dub. Sí por cierto.

Mad. Ber. Y por qué bajito?
Dub. Para que nadie lo oiga sino vos.
Mad. Ber. Vamos. (*Se acerca mas; Dubois la dice su nombre en voz baja.*) Cómo! Monseñor!
Dub. Ea! Ya vais á descubrirme.
Mad. Ber. Perdonad, mon...
Dub. Señor... liso y llano... señor, lo oís?
Mad. Ber. Y á qué circuntancia debo yo la honra de esta visita, señor?
Dub. A un negocio de estado.
Mad. Ber. Y se verá mi casa comprometida en ese negocio?
Dub. No, si me ayudais; de lo contrario, amiga mia, no respondo de nada.
Mad. Ber. Estoy á vuestras órdenes.
Dub. Entonces puedo contar con vuestro sigilo?
Mad. Ber. Oh! Señor.
Dub. Advertid que si os encargo el sigilo es mas bien por vos que por mí... en atencion á que á la primera palabra que se os escapase me vería obligado á meteros en San Lázaro...
Mad. Ber. Dios me asista! Desde este momento soy muda.
Dub. Escepto para mí!
Mad. Ber. Oh! para vos es diferente; vos teneis derecho de saberlo todo.
Dub. Entonces no me oculteis nada.
Mad. Ber. Interrogadme, preguntad, estoy pronta á responderos.
Dub. Ha llegado hoy aqui alguna persona procedente de Chartres?
Mad. Ber. Sí señor, un hombre, hace poco.
Dub. Una especie de criado?
Mad. Ber. Justamente.
Dub. Natural de Bretaña?
Mad. Ber. Las trazas, por lo menos, lo son.
Dub. Y ha dejado ajustado un cuarto para su amo?
Mad. Ber. No, no ha ajustado nada.
Dub. Pues él venia aqui con algun objeto sin embargo.
Mad. Ber. Venia para ver la habitacion de las dos señoras.
Dub. Qué habitacion?

Mad. Ber. Esta de al lado, y otra al estremo del corredor.

Dub. Y esos dos cuartos, han sido tomados para unas damas?

Mad. Ber. Sí señor.

Dub. Para unas damas de Nantes?

Mad. Ber. Para una señora de París que va al encuentro de otra de Nantes.

Dub. Y quién los ha dejado apalabrados?

Mad. Ber. La dama de París al pasar por aqui esta mañana.

Dub. (El asunto se complica.) Y esas señoras, aguardan á alguien esta noche?

Mad. Ber. Sí.

Dub. A un caballero jóven procedente de Chartres?

Mad. Ber. No; á un alto personage que viene de París.

Dub. Madame Bernard, estamos jugando á los despropósitos. Sabeis el nombre de ese criado?

Mad. Ber. Se llama Oven.

Dub. Las señas son exactas, sin embargo... Está aun aqui?

Mad. Ber. Sino está aqui... estará en la posada de enfrente.

Dub. Mandadle llamar.

Mad. Ber. Llamad al señor Oven. (*A un criado que sale.*)

Dub. Ya habreis comprendido, querida mia, que asi que él venga, me hareis vos un favor en marcharos.

Mad. Ber. Ahora mismo, si gustais.

Dub. Está bien.

Mad. Ber. Quedad con Dios.

Dub. Hasta la vista.

ESCENA IV.

DUBOIS. *A poco* OVEN.

Dub. (*Sacando el reloj.*) Las ocho y media; en este momento entra S. A. R. en palacio, de vuelta de San German, y me manda llamar; le contestan que no estoy, y en su consecuencia, pone en planta alguna locura... Frotaos las manos, y haced vuestra escapatoria, señor; no es en París donde está el peligro, sino aqui;

pero afortunadamente Dubois vela por vos... Hola! hola! quién es este prójimo?

Oven. Sois vos el que me llamais, caballero?

Dub. Venís de Nantes?

Oven. Sí.

Dub. Estais al servicio del caballero Gaston de Chanley?

Oven. Sí.

Dub. Y os llamais Oven?

Oven. Sí.

Dub. En ese caso, acércate aqui, tunante. (*Oven mira á su alrededor.*) Qué es eso? no me has oido?

Oven. Sí por cierto, señor; pero ignoraba que fuese á mí...

Dub. A quién yo hablo? Y á quién quieres que sea? No hay aqui mas que nosotros dos; vamos á ver, acércate.

Oven. Perdonad, caballero; pero quién sois vos?

Dub. Qué es eso de interrogarme á mí, truan? Escucha, yo soy la persona á quien Mr. de Montaran te ha mandado que obedezcas.

Oven. Cómo! tendré el honor...

Dub. Silencio! Te han dado cincuenta luises para decirme la verdad, no es esto?

Oven. Me los han prometido, querreis decir?

Dub. (*Sacando un monton de monedas apiladas, y colocándolas en equilibrio sobre la mesa.*) Lo mismo es.

Oven. Segun eso, puedo tomarlas?

Dub. A espacio; te los han prometido si hablabas.

Oven. Cierto.

Dub. Bien; es que todavía no has dicho nada.

Oven. Teneis razon.

Dub. Estás dispuesto á responder?

Oven. Interrogad!

Dub. Aguarda. Tú me pareces un muchacho muy listo.

Oven. Es favor...

Dub. Vamos á hacer un convenio.

Oven. Cuál?

Dub. Los cincuenta luises estan aqui.

Oven. Ya los veo.

Dub. Yo te preguntaré; á cada respuesta que me des, añadiré diez luises mas...

Oven. Oh!

Dub. Si la respuesta es importante. Si la respuesta es ridícula ó tonta, te quito diez...

Oven. Ah!

Dub. Ya ves que está en tu mano doblar la cantidad.

Oven. Pero quién será el juez del valor de mis respuestas?

Dub. Toma! yo, pues que soy el que paga.

Oven. Oh! oh!

Dub. Ahora, tratemos de nuestro asunto.

Oven. Estoy á vuestras órdenes.

Dub. De dónde vienes?

Oven. Ya os lo he dicho.

Dub. No importa, repite.

Oven. De Nantes.

Dub. Con quién?

Oven. Bien lo sabeis.

Dub. No importa, deseo saberlo mejor.

Oven. Con mi amo el caballero Gaston de Chanley.

Dub. (*Alargando la mano hácia los luises.*) Atencion.

Oven. Soy todo oidos.

Dub. Tu amo viaja bajo su verdadero nombre?

Oven. Empezó el viaje bajo su verdadero nombre; pero ha tomado otro en el camino.

Dub. Cuál?

Oven. El de Mr. de Livry.

Dub. Bien! (*Añade diez luises.*)

Oven. (*Gozoso.*) Oh!

Dub. Y qué hacia tu amo en Nantes?

Oven. Señor, hacia lo que hacen todos los jóvenes, montaba á caballo, cazaba, iba á los bailes. (*Dubois alarga la mano hácia los luises.*) Aguardad; tambien hacia otra cosa.

Dub. Ya era tiempo; qué hacia?

Oven. Salia de casa dos veces por semana á las ocho de la noche, y no volvia hasta las cuatro de la madrugada.

Dub. Perfectamente. Y adónde iba?

Oven. Adónde iba?

Dub. Sí.

Oven. Toma! No lo sé.

Dub. Cómo es eso; no lo sabes?

Oven. No; me prohibia que le siguiera.

Dub. Y tú no le seguias?
Oven. No.
Dub. (*Volviendo á coger los diez luises.*) Majadero...
Oven. Ay!
Dub. Y durante su viaje, qué ha hecho?
Oven. Durante el viaje ha estado en Oudon, en Ancenis, en Nogent y en Chartres. (*Dubois retira otros diez luises.*) Ay! Dios mio!
Dub. Prosigamos nuestro interrogatorio. —Y en el camino, no se le ha agregado nadie?...
Oven. No señor; al contrario, él es el que se ha agregado...
Dub. A quién se ha agregado?...
Oven. A una jóven que ha sido educada en las Ursulinas de Clisson.
Dub. Y esa jóven, viajaba sola?
Oven. No señor; viajaba con una religiosa del mismo convento, llamada Sor Teresa.
Dub. Y cómo se llama la jóven?
Oven. Elena de Chaverny.
Dub. Elena! El nombre promete... y esa hermosa Elena es sin duda la querida de tu amo?
Oven. (*Con picardía.*) Pst! no lo sé; ya podeis figuraros que él no me lo ha dicho.
Dub. (*Retirando otros diez luises.*) El muchacho es un lince, asi como suena.
Oven. Ay! señor, pero no va á quedar nada.
Dub. La verdad es que con otras cuatro respuestas como las que acabas de darme, venderás á tu amo gratis, cosa muy triste para un criado tan fiel como tú.
Oven. Creo que me va á dar algo.
Dub. Continuemos. Y esas damas van á París?
Oven. Hoy á las dos se han detenido en Epernon.
Dub. Ah! ah! Y tu amo tambien?
Oven. Sí señor. A poco de estar alli ha llegado de París otra señora que venia en busca de la jóven, y Sor Teresa se ha separado de ella, y se ha vuelto á Clisson.
Dub. Nada de eso es de gran importancia: pero es preciso no desanimar á los principiantes. (*Añade diez luises.*)
Oven. Ha añadido diez luises!
Dub. Y sabes cómo se llamaba esa señora de París?

Oven. La he oido llamar madame Desroches.

Dub. Desroches has dicho?

Oven. Sí.

Dub. Estás seguro de ello?

Oven. Cómo que si estoy seguro? Y en prueba de ello, os diré que es una muger alta, flaca y descolorida.

Dub. Alta?

Oven. Sí.

Dub. Flaca?

Oven. Sí.

Dub. Y descolorida?

Oven. Sí.

Dub. Esos tres adjetivos merecen diez luises.

Oven. Cada uno?

Dub. No por cierto. No quiere ir poco á prisa el bribon! (*Añade diez luises.*) Su edad?

Oven. Cuarenta y cinco años poco mas ó menos.

Dub. Otros diez luises por los cuarenta y cinco años.

Oven. Llevaba un vestido de seda con florones.

Dub. Vamos, veo que se podrá sacar partido de tí.

Oven. No hay nada por el vestido de seda con florones?

Dub. No; pero habrá otros diez luises si me dices dónde deben dormir esas damas esta noche.

Oven. Aqui mismo, en la posada del Tigre real, y mi amo me ha enviado delante para que me entere de las localidades, porque sin duda quiere continuar viendo á la jóven á pesar de madame Desroches.

Dub. (*Añadiendo otros diez luises.*) Bravo! Y tu amo, dónde está hospedado?

Oven. En la fonda de enfrente; desde su cuarto se ven las ventanas del de la señorita Elena.

Dub. (*Añadiendo mas luises, pero sin contar.*) Hijo mio, te pronostico que de aqui á tres años habrás hecho tu fortuna, si es que antes no te ahorcan.

Oven. Puedo tomar ya mi dinero?

Tap. (*Dentro.*) Señor!... señor!

ESCENA V.

DICHOS. TAPIN.

Dub. Un momento; sepamos antes lo que nos traen.

Tap. Señor...
Dub. Qué hay, maese Tapin, y de qué proviene ese aire azorado?
Tap. Una cosa muy importante.
Dub. Tiene relacion con este hombre?
Tap. No.
Dub. Vete! entonces...
Oven. Gracias... porque mi amo no puede tardar en venir.
Dub. Bien está; si ves que escribe...
Oven. Qué?
Dub. Acuérdate de que tengo mucha curiosidad de ver su letra, y que lo que es las cartas se pagan... sin condiciones.
Oven. No lo olvidaré. (*Vase Oven.*)

ESCENA VI.

DUBOIS. TAPIN.

Dub. Vamos á ver, qué es lo que hay, maese Tapin?
Tap. Hay, que en medio de la cacería S. A. ha desaparecido.
Dub. Ha desaparecido!
Tap. Sí.
Dub. Y no le han visto despues en San German?
Tap. No; pero el hombre que ha traido la noticia, y que ha llegado al escape, cree que S. A. ha tomado el camino de Rambouillet.
Dub. Tapin, tengo el hilo de la intriga.
Tap. Ya sabia que asi que os dijera...
Dub. Tapin, esa jóven que ha salido de las Ursulinas de Clisson...
Tap. Qué jóven?
Dub. Yo sé lo que me digo... y á cuyo encuentro han enviado á madame Desroches.
Tap. Madame Desroches?
Dub. Sí, su confidente. Ese personage que la dueña de esta posada aguarda de París.
Tap. Aguardan aqui á un personage?
Dub. Es él; la cita es en Rambouillet. Silencio, alguien viene.

ESCENA VII.

DICHOS. MADAME BERNARD.

Mad. Ber. Señor, señor, ya estan aqui las señoras.
Dub. Y qué tenemos? dejadlas entrar.
Mad. Ber. Pero vos?...
Dub. Oh! yo buscaré por ahí un rincon donde meterme; yo ocupo poco trecho; y con tal que pueda verlo y oirlo todo...
Mad. Ber. En este gabinete...
Dub. A las mil maravillas... id á buscar á vuestras viajeras, Madame Bernard. (*A Tapin.*) Dame esa capa.
Mad. Ber. (*Saliendo.*) Por aqui, señoras, por aqui, tened la bondad de pasar adelante.
Dub. (*Con rapidez.*) Tú conoces la distribucion de este pabellon, no es verdad?
Tap. Sí señor; da por un lado á la calle, y por el otro á una callejuela desierta.
Dub. Y no se puede entrar en él mas que por el patio?
Tap. A menos que como nosotros no entren por las ventanas.
Dub. Apostad en la calle, en el patio y en la callejuela hombres disfrazados de criados, buhoneros, y savoyanos; que á no ser monseñor nadie pueda penetrar aqui; va en ello la vida de S. A. R.
Mad. Ber. Entrad, señoras, entrad. (*Vanse Dubois por una puerta y Tapin por la otra.*)

ESCENA VIII.

MADAME BERNARD. ELENA *y* MADAME DESROCHES, *que salen por la puerta del foro.*

Mad. Des. Venid, señorita, venid.
Elena. Es aqui donde debemos pasar la noche, señora?
Mad. Des. Sí; con ese objeto apalabré la habitacion esta mañana.
Elena. Os agradezco tanta bondad.
Mad. Ber. Estas señoras tienen ya la cena dispuesta en el cuarto de al lado.
Elena. Gracias; hemos comido en Epernon.

Mad. Ber. Si deseais alguna otra cosa, señorita?

Elena. Una pluma, papel y tinta; quiero escribir.

Mad. Ber. Aqui teneis sobre esta mesa todo lo necesario.

Elena. Puedo disponer de esta sala?

Mad. Ber. Es vuestra, señorita; y si quereis desembarazaros de vuestra escofieta...

Elena. Tomad.

Mad. Ber. Cuál de los dos cuartos prefiere esta señorita?

Elena. Vedlo, y escoged vos misma, señora. (*Madame Bernard y madame Desroches pasan á examinar los cuartos.*)

Elena. (*Sola por algunos instantes.*) Lo menos que puedo hacer es escribirle. Pobre Gaston! habia consentido en acompañarme hasta París, cuando la llegada de esa muger ha venido á separarnos bruscamente. Tal vez hago mal en ello; pero está tan triste! es tan desgraciado!

Mad. Des. Esta me parece la mas cómoda; preparadla para la señorita de Chaverny; la otra es buena para mí.

ESCENA IX.

ELENA. MADAME DESROCHES.

Elena. Pero yo creo que sería mas justo...

Mad. Des. Tengo orden, señorita, de guardaros toda clase de atenciones, y mientras esté en mi mano no me apartaré de esa orden.

Elena. En verdad, señora, no sé cómo agradeceros todas vuestras bondades para conmigo.

Mad. Des. Señorita, cumplo en ello con un deber, pues de antemano he recibido las necesarias instrucciones.

Elena. Por quién?

Mad. Des. Por la persona que ha velado sobre vos hasta el dia con una ternura de padre, por la persona que ha escrito á la superiora del convento de Clisson anunciándola que os aguardaba, y que me ha enviado á vuestro encuentro para prepararos á verla.

Elena. Y no puedo yo saber quién es esa persona, señora?

Mad. Des. Es una que os quiere con toda su alma; vos no lo dudais, no es verdad?

Elena. Oh! no; si lo dudase, sería muy ingrata; y me aguarda en París?

Mad. Des. No; no ha tenido paciencia para esperar; viene á vuestro encuentro.

Elena. Aqui?

Mad. Des. Aqui.

Elena. Y le veré pronto?

Mad. Des. Esta noche...

Elena. (*Poniéndose la mano en el corazon.*) Oh! Dios mio, no sé lo que siento!

Mad. Des. Tanto os asusta hallaros al lado de una persona que os ama?

Elena. No es susto, señora, es una turbacion inesplicable. No estaba prevenida que era para esta noche, y esa importante noticia me ha causado una emocion singular.

Mad. Des. No sentís ninguna repugnancia en recibir á esa persona?

Elena. Oh! todo al contrario, señora.

Mad. Des. Entonces, permitidme que os diga una palabra mas.

Elena. Hablad.

Mad. Des. Esa persona se ve obligada á rodearse del mas profundo misterio.

Elena. Por qué?

Mad. Des. Ya sabeis que hay preguntas á las cuales me está prohibido responder.

Elena. Dios mio! qué significan todas esas precauciones?

Mad. Des. Son necesarias, creedme.

Elena. En fin, en qué consisten? veamos.

Mad. Des. En primer lugar, vos no podeis ver el rostro de esa persona.

Elena. Eso es decir que se presentará enmascarada?

Mad. Des. No; pero estarán las luces apagadas.

Elena. Entonces vos os quedareis conmigo, madame Desroches.

Mad. Des. Me está espresamente prohibido.

Elena. Pero qué persona es esa á quien profesais tan ciega obediencia, que os conformais con sus menores deseos?

Mad. Des. Es uno de los señores mas poderos de Francia.
Elena. Y ese gran señor, es pariente mio?
Mad. Des. El mas cercano.
Elena. En nombre del cielo, señora, no me dejeis por mas tiempo en esta cruel incertidumbre.
Mad. Des. Ya os he dicho, señorita, que me está absolutamente prohibido responder á ciertas preguntas.
Elena. Oh! os alejais...
Mad. Des. Acabo de oir entrar un coche en el patio.
Elena. Y ese coche...?
Mad. Des. Trae, sin duda, á la persona que aguardamos.
Elena. Pero advertid...
Mad. Des. (*Cogiendo las dos bujías.*) Señorita, es preciso que cumpla mis iustrucciones. (*Vase despues de hacer una gran reverencia, y cierra la puerta.*)

ESCENA X.

ELENA, *sola. A poco* DUBOIS.

Elena. Oh! quiero que él sepa todo lo que me pasa, se lo he prometido; pero cómo le escribiré?... á oscuras?... Ah! en mi librito de memorias, con lapiz. (*Escribe.*) «La persona que me ha hecho venir de Bretaña, me ha salido al encuentro en vez de aguardarme en París; tan grande, segun dicen, es su impaciencia por verme. Creo que volverá á marcharse esta misma noche; estad en acecho, é introducíos detras de él...» (*Llamando.*) Hola! no hay nadie? Un criado!
Dub. (*Saliendo del gabinete y aparte.*) Torpe de mí!... yo que despedí á Tapin!...
Elena. Dónde andará esta gente? Hola! (*Reparando en Dubois.*) Sois de la casa?
Dub. Yo? sí señora.
Elena. Podeis llevar esta cartera al caballero Geston de Chanley, un jóven recien llegado de Bretaña, que vive en la fonda de enfrente?
Dub. Estará en su poder antes de cinco minutos.
Elena. Id corriendo, y tomad por vuestro trabajo.

Dub. Un escudo! Vamos, no siempre he salido tambien librado!

Elena. Despachaos, alguien viene.

Dub. No voy á oir lo que dirán; pero en cambio sabré otra cosa que valdrá tanto por lo menos. (*Elena cierra la puerta detras de él. Oyese dentro la voz del Regente.*)

Reg. Está aqui?

Mad. Des. Sí, monseñor.

Reg. Sola?

Med. Des. Sí, monseñor.

Reg. Y la habeis prevenido de mi llegada?

Mad. Des. Prevenida está, monseñor.

Elena. Monseñor! qué es lo que oigo?

ESCENA XI.

ELENA. EL REGENTE.

Reg. Estais en este cuarto, señorita?

Elena. Sí, mon... debo decir señor, ó monseñor?

Reg. Decid vuestro amigo, Elena. (*Tiende hácia ella la mano, y tropieza con la de la jóven.*)

Elena. Dios mio!

Reg. Teneis miedo?

Elena. Lo confieso. Estais ahí, madame Desroches?

Reg. Madame Desroches, decid á esta señorita que está tan segura á mi lado, como en un templo delante de Dios.

Mad. Des. Una palabra de V. A. bastará á tranquilizarla, asi lo espero. (*Vuelve á cerrar la puerta.*)

Elena. De V. A.! Ah! señor, vedme á vuestros pies; perdonadme!...

Reg. Qué es eso, qué teneis?... Os causo miedo, hija mia?...

Elena. No, pero al tocar vuestra mano, una sensacion nueva, desconocida...

Reg. Oh! habladme, Elena; ya sé que sois hermosa, pero es la primera vez que oigo el metal de vuestra voz... hablad, tengo sed de oiros.

Elena. Luego ya me habeis visto?

Reg. Os acordais que hace seis meses la superiora de vuestro convento mandó hacer vuestro retrato?

Elena. Sí, me acuerdo, por un pintor que vino de París.

Reg. Yo fuí el que le envió.

Elena. Vos, señor?

Reg. Sí, yo!

Elena. Y qué interes podíais tener?...

Reg. Elena, yo soy el mejor amigo de vuestro padre.

Elena. De mi padre! luego mi padre vive?

Reg. Sí.

Elena. Y le veré algun dia?...

Reg. Tal vez.

Elena. Oh! bendito seais, vos que me traeis tan buena noticia! Pero cómo mi padre ha tardado tanto en informarse de su hija?

Reg. Tenia noticias vuestras todos los meses, y aunque lejos de vos, velaba por vos.

Elena. Y sin embargo, hace diez y ocho años que no me ha visto.

Reg. Creed que ha necesitado consideraciones de la mayor importancia para privarse de esa dicha.

Elena. Os creo, señor... no me toca á mí acusar á mi padre.

Reg. Pero sí os toca á vos perdonarle... si él se acusa.

Elena. Perdonarle!

Reg. Sí; y yo soy el que viene á solicitar en su nombre ese perdon, que él personalmente no puede venir á reclamar.

Elena. No os comprendo.

Reg. Sentaos y escuchadme, hija mia.

Elena. Os escucho.

Reg. Vuestra mano.

Elena. Tenedla.

Reg. Vuestro padre ocupaba un alto puesto en el ejército de Flandes durante la batalla de Nerwinde, en la cual cargó á la cabeza de la casa del rey: uno de sus escuderos, llamado Mr. de Chaverny, cayó á sus pies herido de un balazo. Vuestro padre quiso socorrerle; pero el herido le dijo meneando la cabeza: «No es en mí en quien hay que pensar, sino en mi hija.» Vuestro padre le apretó la mano en señal de promesa, y el herido, que se habia incorporado sobre una

rodilla, volvió á caer y espiró, como sino hubiese aguardado mas que aquella garantía para cerrar los ojos. Me estais escuchando, no es verdad, Elena?

Elena. Oh! sí, os escucho sin perder una sílaba.

Reg. En efecto, concluida la campaña, el primer cuidado de vuestro padre fue informarse de la huerfanita. Era una preciosa niña de diez á doce años, á la cual privaba la muerte de Chaverny de todo apoyo y fortuna. Vuestro padre la colocó en un convento, y anunció que asi que estuviese en edad de tomar estado, él se encargaría de su dote.

Elena. Dios mio, yo te doy gracias por haberme hecho hija de un hombre que cumplia tan fielmente su promesa!

Reg. Aguardad, Elena. Vuestro padre, como habia ofrecido, veló en efecto por la huérfana, que llegó á cumplir los diez y ocho años. La niña se habia hecho una encantadora jóven, hermosa y pura como vos, Elena; asi fue, que conociendo vuestro padre que empezaba á amar á su pupila mas de lo que á un tutor es permitido, encargó á la superiora del convento que se informase, y supo que un hidalgo de Bretaña, cuya hermana estaba en el mismo convento, se habia prendado de la señorita de Chaverny, y solicitaba su mano... En su consecuencia, rogó al punto á la abadesa que consultase á la jóven sobre aquel casamiento.

Elena. Y bien?

Reg. El asombro de vuestro padre fue estrardinario cuando supo de la misma boca de la superiora, que la señorita de Chaverny habia contestado que no queria casarse, que su único deseo era permanecer en el convento en que habia sido educada, y que el dia mas hermoso de su vida sería aquel en que pronunciase sus votos...

Elena. Y qué significaba esa resolucion?

Reg. La señorita de Chaverny amaba á vuestro padre, Elena. Asi se lo dijo ella misma el dia en que él la suplicó que cambiase de resolucion. Superior vuestro padre á su amor propio mientras no creía su amor correspondido, no tuvo despues valor para cumplir su promesa. Ambos eran jóvenes! Vuestra madre te-

nia diez y ocho años; vuestro padre veinticinco. Olvidaron al mundo entero para no acordarse sino de que podian ser felices.

Elena. Pero una vez que tanto se amaban, por qué no se casaron?

Reg. Porque la distancia que los separaba imposibilitaba todo enlace. No os han dicho, Elena, que vuestro padre era un gran señor?

Elena. Ah! sí, lo sé.

Reg. Al cabo de un año, Elena, vuestra madre murió dándoos á luz.

Elena. Oh! madre mia! pobre madre mia!

Reg. Sí, llorad, Elena, llorad á vuestra madre; porque era un angel, del cual ha conservado vuestro padre un noble recuerdo al través de sus pesares y de sus estravíos; asi es que ha puesto en vos todo el cariño que sentia hácia ella! De tal suerte, que al saber hoy mismo que debiais llegar á Rambouillet, no ha tenido paciencia para aguardaros en París: ha dispuesto una cacería á San German; y alli, abandonando la partida... os ha salido al encuentro... y se ha escondido en el camino que vos debiais traer...

Elena. Dios mio! será cierto?...

Reg. Al veros, Elena, ha creido ver á vuestra madre; la misma edad, el mismo candor, igual belleza!... Sed mas dichosa que ella, Elena; esto es lo que del fondo del corazon os desea vuestro padre!

Elena. Cielos! esa alteracion en la voz! esta mano que siento temblar en la mia! Señor! — Señor! me habeis dicho que mi padre habia venido á mi encuentro?

Reg. Sí.

Elena. Aqui, á Rambouillet?

Reg. Sí.

Elena. Y que ha tenido una gran alegría al volverme á ver?

Reg. Oh! sí, una alegría inmensa.

Elena. Pero esa alegría no le ha bastado, no es verdad? ha querido hablarme, ha querido revelarme él mismo la historia de mi nacimiento, ha querido que yo pueda darle las gracias por su cariño, echarme á sus pies y pedirle su bendicion? (*Echándose á sus pies.*) A vuestros pies estoy, padre mio, bendecidme!

Reg. Elena! hija mia! mi hija querida! tu corazon te

lo ha dicho todo... tu cariño lo ha adivinado todo... Oh! á mis pies, no... en mis brazos!... en mis brazos!

Elena. Oh! Padre mio!

Reg. Habia entrado aqui con muy diferente intencion; venia decidido á negarlo todo, á continuar siendo un estraño para tí; pero al sentirte aqui, al lado mio, al escuchar tu dulce acento no he tenido valor para ello.

Elena. Padre mio!

Reg. Solo te pido que no me hagas arrepentirme de mi debilidad... prométeme guardar un secreto eterno.

Elena. Os lo juro por mi madre.

Reg. A Dios, Elena mia!

Elena. Oh! me dejais ya?

Reg. Es preciso... debo estar en Paris antes de las doce.

Elena. Y cuándo os volveré á ver?

Reg. Lo mas pronto que pueda. Entre tanto ten entera confianza en madame Desroches.

Elena. Si, padre mio.

Reg. Hasta la vista, Elena, hasta la vista, hija mia.

Elena. Dios os guarde, querido padre.

Reg. (*A Madame Desroches al salir.*) Madame Desroches, os la recomiendo.

Mad. Des. Id descuidado, monseñor.

Reg. (*Tendiendo los brazos á su hija.*) Otra vez!... otra vez, hija mia! (*Vase.*)

ESCENA XII.

MADAME DESROCHES. ELENA. *A poco* MADAME BERNARD.

Mad. Des. Vamos, señorita, espero que ahora estareis contenta.

Elena. Oh! mas que contenta, loca; soy muy feliz, madame Desroches.

Mad. Des. Y ahora me seguireis gustosa á París?

Elena. Con alma y vida. Cuándo partimos?

Mad. Des. Mañana temprano.

Elena. Mañana temprano! (*Aparte.*) Y Gaston?

Mad. Des. (*Anunciando.*) Mr. de Livry.

Elena. Bien está; decid que pase.

Mad. Des. Perdonad, señorita; quién es ese Mr. de Livry?

Elena. Un amigo, un compatriota del cual quiero despedirme antes de separarme de él probablemente para siempre.

Mad. Des. Os prevengo, señorita, que me veré obligada á dar cuenta á vuestro padre...

Elena. Como gusteis, señora; haced vuestro deber, yo haré el mio. Tened la bondad de dejarme sola. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ELENA. GASTON.

Elena. Sois en efecto vos, amigo mio... os aguardaba... Juzgad de mi alegría, Gaston... he hallado á mi padre!

Gast. Vuestro padre! qué oigo! ese gran señor que venia á vuestro encuentro?...

Elena. Era mi padre!

Gast. Oh! querida Elena, creed que tengo en ello la mayor alegría; es para mí una gran dicha; en este momento sobre todo en que tanto temia veros aislada!... Un padre, Elena! un padre que velará por mi amada, por mi esposa!... Y vamos, que os ha pasado? estais envanecida de él?

Elena. Oh! sí; su alma parece noble, y su voz es grata y cariñosa.

Gast. Su voz! pero habeis encontrado alguna semejanza? habeis sorprendido alguna analogía de facciones entre vos y él?

Elena. No podré deciroslo, porque no le he visto.

Gast. No le habeis visto?

Elena. No por cierto; estaba esto tan oscuro!

Gast. Pero á favor de la luz de esos candelabros...

Elena. Estaban apagados.

Gast. Estaban apagados?

Elena. Sí; mi padre, á lo que parece, tiene razones para no dejarse ver.

Gast. Qué es lo que me decís, Elena?

Elena. La verdad.

Gast. Esa verdad me aterra, no quiero ocultároslo... De qué os ha hablado vuestro padre?

Elena. Del gran cariño que me tiene. Me ha dicho que queria verme feliz, y que iba á hacer desaparecer la incertidumbre de mi vida pasada.

Gast. Palabras, palabras y no mas son todo eso.

Elena. Palabras! qué quereis decir?

Gast. Elena, Elena, habeis sido alucinada... sois víctima de alguna trama. Ese hombre que se oculta, ese hombre que teme la luz, ese hombre que os llama su hija, no es vuestro padre.

Elena. Gaston, me estais desgarrando el alma.

Gast. Oh! yo sabré quién es ese noble señor; os lo juro; yo sabré si debo echarme á sus pies y llamarle padre, ó matarle como á un infame.

Elena. Gaston, teneos; vuestra razon se ofusca. Qué es lo que estais diciendo? qué ha podido daros á sospechar tan infame traicion? Gaston, habeis formado sobre mi padre un mal pensamiento de que me pedireis perdon mas tarde.

Gast. Dios lo quiera!

Elena. Tened piedad de mí!... no me acibareis la sola alegría pura y completa que he gozado en mi vida. Qué veis en esa entrevista, que asi os alarma? Ese hombre se me ha mostrado como un padre cariñoso.

Gast. Un padre! No es esta la primera vez que las pasiones criminales del mundo especulan con la inocente credulidad. Declararos de buenas á primeras un amor culpable hubiera sido una torpeza de que son incapaces esos hábiles seductores que causan mis recelos; pero tened presente lo que os digo: Desarraigar poco á poco la virtud de vuestro corazon, seduciros por un lujo desconocido, deslumbraros con perspectivas brillantes á vuestra edad, habituar vuestra imaginacion á los placeres, vuestros sentidos á impresiones nuevas; engañaros, en fin, por la persuasion, es una victoria mucho mas grata que la que se consigue por la violencia. Dad oidos á mi prudencia de veinticinco años, Elena; digo mi prudencia, aunque sea mi amor el que habla, mi amor, que sería ciego y confiado á la menor señal de un padre que yo supiera que lo era verdaderamente vuestro.

Elena. A quién dar crédito, Dios mio? á él, ó á mi corazon?

Gast. Creednos á los dos, Elena, yo os lo ruego. Vivid muy sobre vos desde este momento; examinad en adelante los objetos que os rodean; mirad las puertas, sondad las paredes, desconfiad de los perfumes que quemen en vuestra presencia, de las bebidas que os ofrezcan, desconfiad de vuestro propio sueño, velad por vos, Elena, por vos, que sois mi dicha, mi honra, mi vida.

Elena. Silencio, Gaston!... oigo ruido... es madame Desroches, que viene hácia aqui sin duda.

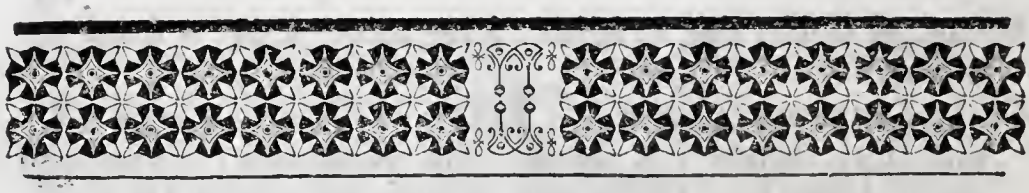
Gast. Ya sabeis adónde debeis escribirme... A Mr. de Livry, en la fonda de las Tres Coronas.

Elena. Sí, Gaston, os obedeceré; y espero que eso no me impedirá querer á mi padre.

Gast. (*Besándola la mano.*) A Dios, pues.

Elena. A Dios. (*Madame abre la puerta del foro. Gaston saluda, y vase.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

Sala de una hospedería elegante. En primer término á la derecha una ventana; mas allá una puerta: en el foro, la entrada principal. Puerta lateral en segundo término, á la izquierda; en el primero, y frente de la puerta, un armario empotrado en la pared.

ESCENA PRIMERA.

UN GUARDIA FRANCÉS *abriendo la puerta del foro, y mirando á su alrededor.*

«Calle de Bourdonnais, fonda de las Tres Coronas, en la sala general, sentarse á la mesa de la izquierda, y aguardar.» Las instrucciones no son dificiles. Sentémonos y aguardemos. (*Siéntase.*)»

ESCENA II.

PRIMER GUARDIA, *sentado; un* SEGUNDO GUARDIA *apareciendo en el dintel de la puerta.*

Guard. 2.° (*Ejecutando lo mismo que el primero.*) Calle de Bourdonnais, fonda de las Tres Coronas, en la sala general, sentarse á la mesa de la izquierda, y aguardar. Ah! demonio, el sitio está ocupado. Oh! pero no está muy lejos este otro. (*Siéntase enfrente del primero.*)

Los dos soldados mirándose. Ah! ah!

Guard. 1.° Eres tú, Boicjoli?

Guard. 2.° Eres tú, Rameau d'or?
Guard. 1.° Qué vienes á hacer á esta fonda?
Guard. 2.° Y tú?
Guard. 1.° No lo sé.
Guard. 2.° Ni yo tampoco...
Guard. 1.° Es decir que estás aqui...
Guard. 2.° Por orden superior.
Guard. 1.° Hombre! como yo.
Guard. 2.° Y á quién aguardas?...
Guard. 1.° A un hombre que debe venir...
Guard. 2.° Con una contraseña.
Guard. 1.° Y en virtud de esa contraseña?...
Guard. 2.° Es condicion precisa obedecer al capitan.
Guard. 1.° Eso es. Y entre tanto me han dado un luis de oro para echar un trago.
Guard. 2.° Tambien á mí me han dado un luis de oro, pero no me han dicho que beba.
Guard. 1.° Y en la duda?...
Guard. 2.° En la duda, no quiero abstenerme.
Guard. 1.° En ese caso, bebamos. (*Llamando en la mesa.*) Posadero, vino.
Posad. Allá va, señores.

ESCENA III.

DICHOS, EL POSADERO. EL CAPITAN LA JONQUIERE *saliendo de su cuarto al mismo tiempo que se presenta el posadero.*

La Jonq. (*Deteniendo al posadero.*) Un momento, camarada, escucha aqui.
Posad. Con vuestro permiso, señores?
Guard. 1.° Bien está; es nuestro superior.
Guard. 2.° (*Sacando una baraja del bolsillo.*) Ademas que aqui tenemos con que entretener el tiempo. (*El primer guardia saca un cubilete y dados; despues de un instante de discusion muda, se deciden por los dados y se ponen á jugar.*)
La Jonq. (*Al posadero.*) Escucha bien lo que te digo: yo me marcho ahora mismo; estoy aguardando de un minuto á otro á un jóven que me ha dado cita aqui. Si ese jóven viene, le dirás que le he esperado hasta las diez, y que vuelvo dentro de cinco minutos.

Posad. Sí, capitan. (*Va á atender á los otros.*)

La Jonq. (*Agarrándole.*) Aguarda.

Posad. (*A los guardias.*) Señores, no os impacienteis.

Guard. 1.° Despacha lo que tengas que hacer, buen hombre.

La Jonq. Y ahora, como debo tratar con ese jóven de cosas importantes y secretas, hazme el favor de mandarnos preparar un buen almuerzo en mi cuarto; uno de esos almuerzos como tú no acostumbras á hacer, pero como quiero yo que se me hagan. Y sobre todo, si estás bien con tus orejas, procura que el vino sea mejor que el de ayer.

Posad. Cómo! mejor que el de ayer? pues no podia darse vino mas fiero que el que yo os serví ayer.

La Jonq. Sí, fiero... bien has dicho, era vinagre puro. Con que, has oido?

Posad. Perfectamente.

La Jonq. Pues manos á la obra, y prontito. Que no tenga yo que esperar cuando vuelva. (*Tropieza en la puerta con Dubois, que viene disfrazado de particular.*) Ah! perdonad, amigo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LOS GUARDIAS. EL POSADERO. DUBOIS.

Dub. (*Saliendo con la mano en la frente.*) No hay de qué, caballero, no hay de qué; por poco me rompeis la frente; pero esto no es nada. Por fortuna que todos los de nuestra familia hemos sacado la cabeza dura.

Posad. Perdonad, caballero: á quién buscais?

Dub. Deseo hablar con el dueño de la casa.

Posad. Estais delante de él.

Dub. Oh! Sois vos?... Sois vos el amo de la posada de las Tres Coronas?

Posad. Yo propio.

Dub. En ese caso quisiera que me oyeseis dos palabras.

Posad. (*A los guardias.*) Perdonad otra vez, señores.

Guard. 1.° Sí; pero que no vaya á durar eso mucho tiempo.

Posad. Cinco minutos.

Dub. No teneis en vuestra casa á un capitan llamado...

Posad. El capitan La Jonquiere?
Dub. Ese mismo.
Posad. Un oficial muy templado?
Dub. Ese mismo.
Posad. Que bebe mucho?
Dub. Ese mismo.
Posad. Dispuesto siempre á molerle á uno las costillas cuando no se hace al momento lo que manda?
Dub. El mismo! Es mucho capitan La Jonquiere!
Posad. Le conoceis?
Dub. Yo! ni de vista siquiera...
Pos. Ah! verdad es! porque acabais de tropezar con él en la puerta.
Dub. (*De pronto.*) Cómo! era él?
Posad. Sí por Dios, el que salió cuando vos entrabais.
Dub. Pero volverá sin duda?
Posad. Dentro de un cuarto de hora.
Dub. Bien está; entonces aguardaré. Y cuál es su habitacion?
Posad. Ahi teneis la puerta de su cuarto; ha dado la preferencia á ese, porque tiene otra salida á la calle de las Ruedas.
Guard. 1.° Pero señor, vamos á ver... viene ese vino?...
Posad. (*Saliendo.*) Voy á buscarlo, señores, voy á buscarlo. (*Vase; Dubois le sigue con la vista. Asi que cierra la puerta, se acerca á los soldados y cambia de tono y maneras.*)

ESCENA V.

LOS GUARDIAS. DUBOIS. *A poco* UN OFICIAL.

Dub. Alerta, vosotros.
Guard. 2.° Eh? qué se ofrece, camarada?
Dub. Francia y Regente.
Los Guard. (*Levantándose á un tiempo y llevando la mano al sombrero.*) La contraseña!
Guard. 1.° Qué tenemos que hacer?
Dub. (*Señalando al cuarto del capitan.*) Entrad en ese cuarto... sin hacer ruido... entrad pronto. (*Entranse en el cuarto. Dubois llamando.*) Capitan!...
Ofic. (*Presentándose.*) Qué quereis, monseñor?

Dub. (*Al oficial.*) Mandad que arrimen el coche á la puertecilla que os he enseñado al venir, y que da á la calle de las Ruedas. Allí os llevarán un hombre con una mordaza en la boca, al cual prohibo que se le haga ningun mal. Decid que soy yo, Dubois, el que lo manda. (*Vase el oficial.—Oyese el ruido de un carruaje que se aleja.*)

Posad. Aqui estoy, señores, aqui estoy. Calla! dónde se han metido?

Dub. Quiénes? Los guardias franceses?...

Posad. Sí.

Dub. Cuánto há que se fueron: como tardábais tanto, perdieron la paciencia.

Posad. Cómo! se han marchado sin pagarme!

Dub. Sino han tomado nada.

Posad. No importa; tenian intencion de tomar.

Dub. Desgraciadamente, amigo mio, en este caso la intencion no equivale al hecho. Ademas, si esos se han marchado, ahi teneis al capitan La Jonquiere para desquitaros.

Posad. Si os he de decir lo que siento...

Dub. Decid.

Posad. Tengo vehementes sospechas de que la parroquia del capitan no ha de perderse de vista.

Dub. Bobada! no come acaso?

Posad. Que si no come? Mas que siete.

Dub. Y no bebe?

Posad. Mas que doce.

Dub. Pues entonces...

Posad. Entonces... ahi teneis justamente lo que me da mala espina... y si no paga?

Dub. Y por qué no habia de pagar?

Posad. Porque se me figura que no ha de andar muy sobrado de dinero.

Dub. Pues bien, si él no lo tiene, yo se lo traigo, y es lo mismo.

Posad. Le traeis dinero?

Dub. Sí.

Posad. Vos?

Dub. Yo.

Posad. Y es una cantidad decente?

Dub. Cincuenta luises.

Posad. Pero no esteis de pie; sentaos, caballero.

Dub. No, gracias; prefiero entrar en el cuarto del capitan, una vez que, segun decís, estará aqui dentro de diez minutos. (*Dando un paso hácia la puerta, y abriendo.*) A propósito... hacedme el favor de no decirle nada... de no avisarle de nada... Este refuerzo pecuniario es una sorpresa que yo le preparo.

Posad. Descuidad.

Dub. Bien... bien... no os molesteis por mí. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL POSADERO. *A poco* GASTON.

Posad. Pues señor, el tal individuo tiene trazas de ser un escelente sugeto!... Si yo encontrase alguno que tuviese el capricho de venir á regalarme cincuenta luises!

Gast. (*Saliendo.*) Sois vos el dueño de la posada de las Tres Coronas?

Posad. Sí señor.

Gast. Tendriais un cuarto que darme?

Posad. Sí por cierto.

Gast. Cuál?

Posad. (*Señalando á la puerta que está enfrente de la del capitan.*) Este.

Gast. No tendríais por casualidad otro que no tuviese la entrada por esta sala comun á todos?

Posad. No señor; ese es el único que hay desocupado por ahora en la fonda.

Gast. Bien está, me quedo con él; pero deseo una cosa.

Posad. Cuál?

Gast. Que todo el mundo ignore que vivo aqui.

Posad. Se os guardará el secreto, caballero.

Gast. Y eso aun para la persona con quien me vereis con frecuencia, y que debe vivir en esta fonda.

Posad. Quién es esa persona?

Gast. El capitan La Jonquiere.

Posad. Ah! El señor conoce al capitan La Jonquiere? Sois acaso amigo suyo?

Gast. Sí, somos tan amigos como pueden serlo dos personas que en la vida se han visto. Dónde habita?

Posad. Aqui.

Gast. Está visible?

Posad. Ha salido hace un instante... pero me ha dejado dicho que aguardaba á alguno, el cual sin duda sois vos.

Gast. Bien está; voy á tomar posesion de mi cuarto, y me avisareis asi que él venga.

Posad. Al momento... no se me olvidará... id descuidado. (*Para sí.*) Es una bendicion de Dios cómo se ha ido llenando la fonda! Si ahora viniese una sola persona, no sabria adónde colocarla, porque no ha quedado libre ni un rincon.

ESCENA VII.

EL POSADERO. TAPIN.

Tap. (*Dándole en el hombro.*) Pues sin embargo, es necesario que busqueis un sitio donde colocarme á mí.

Posad. A vos!... no puede ser... no hay sitio.

Tap. Buscadlo.

Posad. Eso es! á menos que no plante á alguno en la calle por vos.

Tap. (*Mirando á su alrededor.*) Es inútil, yo no necesito cuarto.

Posad. Pues qué es lo que necesitais?

Tap. Con un armario me basta.

Posad. Cómo, un armario?

Tap. Sí, y este me convendrá perfectamente.

Posad. Venid, venid acá; qué significa esto?

Tap. (*Sacando un papel del bolsillo.*) Conoces esta firma?

Posad. Voyer de Argenson!

Tap. Indendente general de la policia del reino.

Posad. Entonces, sois vos...

Tap. Mr. Tapin, exempto del rey.

Posad. Ah! Dios mio! Y qué venís á hacer aqui, señor exempto?

Tap. Lo que tú no necesitas saber.

Posad. Pero contra quién venís?

Tap. No te importa.

Posad. Espero que no será contra mí?

Tap. Imbécil! Si fuese contra tí, ya estarias en la Bastilla.

Posad. Pero, y qué es lo que yo debo hacer?

Tap. Coserte los labios, y no decir una palabra, sea lo que quiera lo que oigas ó veas...

Posad. Con todo...

Tap. Veinticinco luises, si guardas silencio; un encierro, si dices una palabra. (*Métese en el armario.*)

Posad. No despegaré mis labios... (*Viendo á La Jonquiere.*) El capitan... chiton!

ESCENA VIII.

EL CAPITAN LA JONQUIERE. EL POSADERO.

La Jonq. Y bien, amigo, está pronto el almuerzo? (*El posadero hace seña de que sí.*) En mi cuarto, segun te dije? (*Idem.*) Y has sacado de lo bueno? (*Idem.*) Perfectamente! No ha venido nadie á buscarme? (*El posadero hace seña de que no.*) Lo estraño mucho, porque aguardaba á un jóven, al caballero Gaston de Livry; asi que venga, le harás entrar en mi cuarto. (*El posadero le hace seña de que sí.*) Pero qué es esto? te has vuelto mudo? (*El posadero hace seña de que sí.*) En ese caso, ya sabes la receta que manda el *médico á palos*, sopa en vino; pero en vino añejo y bueno... Si no le tienes, envíalo á buscar á casa del vecino... Hasta la vista.

ESCENA IX.

EL POSADERO. TAPIN.

Posad. (*Volviéndose hácia el armario, que se abre un poco.*) Está bien asi?

Tap. Muy bien.

Posad. (*Oyendo ruido hácia el lado del capitan.*) Dios mio! (*Da un paso hácia la puerta.*)

Tap. (*Colocándose entre él y la puerta, y poniéndole una pistola al pecho.*) Alto ahí!

Posad. Cualquiera diria que riñen!

Tap. Silencio! (*Quédanse los dos inmóviles. Oyése dentro ruido como de una mesa que se ha derribado,*

seguido de un completo silencio. Tapin vuelve á guardarse la pistola.) Gracias, amigo, es asunto concluido.

Posad. Dios mio! Qué! le han muerto?

Tap. Muerto! qué disparate!... le habrán puesto una buena mordaza cuando mas.

Posad. Ah!... entonces, mis veinticinco luises.

Tap. Los tendrás aqui esta tarde, si nos dejas contentos.

Posad. Y qué es lo que necesito hacer para dejaros contentos?

Tap. Ya te lo he dicho, callar.

Posad. Pero si el caballero Gaston desea hablar al capitan?

Tap. Bien, le haces entrar en el cuarto del capitan.

Posad. Es decir que está todavía ahí?

Tap. Ciertamente; pues no ha de estar? (*Vase.*)

ESCENA X.

EL POSADERO. GASTON.

Posad. Si entiendo algo que me empalen... (*Volviéndose.*) El caballero!

Gast. El capitan La Jonquiere ha vuelto?

Posad. En este mismo instante acaba de entrar.

Gast. Y se le puede ver?

Posad. Creo que sí.

Gast. Entonces, voy allá.

Posad. Entrad. (*Gaston llama á la puerta del capitan La Jonquiere; Dubois aparece en el dintel con el mismo trage y aspecto del capitan.*)

ESCENA XI.

DICHOS. DUBOIS.

Posad. (*Reconociéndole.*) Hola! habia dos... Pues señor, ellos mandan que calle... con que callemos.

Gast. Es al capitan La Jonquiere á quien tengo el honor de hablar?

Dub. Al mismo. Es el caballero Gaston de Chanley el que viene á honrarme con su visita?

Gast. Si señor.

Dub. (*Acercándose y bajando al proscenio.*) Traeis sobre vos la seña convenida?

Gast. Aqui teneis la mitad de la moneda de oro.

Dub. Ved aqui la otra mitad.

Gast. En ese caso...

Dub. Podemos pasar á tratar de nuestros negocios sin rodeos.

Gast. Si quereis, entraremos en vuestro cuarto, capitan.

Dub. No, en mi cuarto no. Está todo revuelto... Aqui estaremos mejor... han venido á verme unos amigos que no deben oir nuestra conversacion; entendeis?

Gast. Pero quedándonos aqui, nos esponemos á que venga alguno á interrumpirnos.

Dub. No tengais cuidado, prevendremos á nuestro huésped, y eso bastará. (*Volviéndose.*) Acércate tú aqui, buena pieza. El señor y yo tenemos que hablar en esta sala de asuntos importantes; cuida de que nadie entre... (*Bajo.*) Ya sabes... un encierro...

Posad. O veinticinco luises; nadie entrará, perded cuidado. (*Vase.*)

Dub. (*Señalándole la mesa.*) Ya lo veis, caballero, estamos aqui como en nuestra propia casa.

Gast. Sentémonos, pues, y hablemos.

Dub. Con mil amores. (*Sentándose.*) Estoy á vuestras órdenes.

Gast. Cuando se emprende, como nosotros vamos á hacerlo, una empresa en que se juega la cabeza, lo primero, capitan, es darse á conocer, á fin de que lo pasado sirva de garantía para lo venidero. Ya sabeis mi nombre; soy natural de Bretaña, en la cual he sido educado por un hermano que tenia razones personales de odio contra el Regente; ese odio se me ha pegado; de tal suerte, que asi que llegó á mi noticia la liga de la nobleza contra el gefe supremo del Estado, tomé parte en la conspiracion. En el dia he sido elegido por los conjurados bretones para entenderme con los de París, y venir á recibir las instrucciones del baron de Valef, recien llegado de España, transmitírselas al duque de Plasencia, y cerciorarme de su asentimiento.

Dub. Y qué parte debe tomar en todo eso el capitan La Jonquiere?

Gast. Debe presentarme á un tal Lagrange-Chancel, que tiene la mision de ponerme en contacto con el príncipe. Yo he llegado ayer, he visto á Mr. de Valef esta mañana, vengo á darme á conocer á vos; y ahora ya sabeis mi vida tan bien como la sé yo propio.

Dub. La mia es la de todo oficial aventurero; llena de episodios é incidentes militares que para nada hacen ahora al caso. A consecuencia de haber hecho la guerra en España, soy conocido del duque de Plasencia, con el cual tengo algun favor, y habiéndose acordado de mí para ayudarme en esta empresa, debo á su buena memoria la satisfaccion de conocer á un tan cumplido caballero como vos. Ahora decidme, qué quereis?

Gast. Mi pretension se limita á rogaros que me presenteis á Mr. Lagrange-Chancel, el cual, como ya os he dicho, debe ponerme en relacion con el duque de Plasencia, única persona á quien mis instrucciones me permiten confiarme enteramente, y á la que debo entregar los despachos del baron de Valef.

Dub. Pues señor, yo os presentaria á Mr. Lagrange-Chancel con mucho gusto; pero se ofrece una pequeña dificultad.

Gast. Cual?

Dub. Que ha sido preso esta noche, y enviado bajo custodia á las islas de Santa Margarita.

Gast. Y qué haremos entonces?

Dub. Pasarnos sin él.

Gast. Pero es eso posible?

Dub. No ha de serlo? Lo que él hubiere de hacer, yo lo haré. El debia presentaros al duque, os presentaré yo.

Gast. Cuándo?

Dub. Cuando gusteis.

Gast. Lo mas pronto posible.

Dub. No hay mas sino que es muy probable que S. E. no quiera recibiros en la embajada por temor de comprometerse.

Gast. Comprendo eso perfectamente, y me tendré por muy honrado en que S. E. me señale cualquier otro sitio donde recibirme.

Dub. Ademas, como es bueno preveerlo todo, por si acaso yo me viese en la imposibilidad de veniros á buscar personalmente...

Gast. En la imposibilidad! y por qué?

Dub. Ah! diablo! Amigo mio, bien se conoce que este es el primer viaje que haceis á París.

Gast. Qué quereis decir?

Dub. Quiero decir, que en París tenemos tres policías: primera, la policía del reino; oh! lo que es de esa no os dé mucho cuidado; segunda, la del Regente; psh! esta tiene sus dias; y finalmente la de Dubois; esta ya es otra cosa: guardaos bien de la policía de ese bribon de Dubois; amigo mio, guardaos bien!

Gast. Asi lo haré!

Dub. Ya conoceis que para librarse de esas tres policías es necesario caminar con pies de plomo.

Gast. Ilustradme vos, capitan; porque vos pareceis estar mas al corriente que yo... Yo, como ya os he dicho, soy un pobre provincial, y nada mas.

Dub. Pues bien, en primer lugar, sería muy conveniente que no viviésemos en la misma fonda.

Gast. Diablo! eso desbarata mis cálculos, porque tenia mis razones para quedarme aqui.

Dub. Nada hay perdido por eso; yo seré el que tome el portante; quedaos en una de mis dos salas; esta ó la de arriba.

Gast. Prefiero esta.

Dub. Haceis bien; en el piso bajo, balcon á una calle, y puerta secreta á la otra; teneis muy buenas disposiciones, caballero, y veo que se sacará partido de vos.

Gast. Decíais antes que tal vez os veríais en la imposibilidad de venir á buscarme?

Dub. Sí; pero en ese caso tened mucho cuidado de no seguir sino á la persona que os traiga señas ciertas.

Gast. Indicadme las que deban servirme para conocer al que venga de vuestra parte.

Dub. En primer lugar, deberá traer una carta.

Gast. No conozco vuestra letra.

Dub. En un santi-amen os voy á presentar una muestra de ella. (*Siéntase á la mesa y escribe.*) «Caballe-

ro, seguid con entera confianza á la persona que os entregue esta carta: La Jonquiere.» Tomad: si os busca alguno en mi nombre, pedidle que os enseñe un autógrafo igual á este.

Gast. Y bastara con él?

Dub. Nunca estan demas las precauciones; ademas del autógrafo, será preciso que os enseñe la mitad de la moneda de oro.

Gast. Bien.

Dub. Aguardad; otra seña mas todavía.

Gast. Cuál?

Dub. La estoy pensando... ah! teneis reloj?

Gast. Sí.

Dub. Va bien por casualidad?

Gast. Lo creo al menos.

Dub. Qué hora es?

Gast. Las diez y cinco minutos.

Dub. (*Poniendo su reloj por el del otro.*) Las diez y cinco minutos, bien; en la puerta de la casa adonde os lleven, preguntareis la hora.

Gast. Entiendo! y si el reloj de mi guia no va como el mio, al minuto, al segundo...

Dub. No pasais adelante... Bravo! Malo ha de ser que con todas estas precauciones, ese maldecido Dubois...

Gast. Y qué voy yo á hacer ahora?

Dub. No pensais salir hoy?

Gast. No.

Dub. Pues bien, estaos quieto y tranquilo en esta fonda, que nada os faltará; voy á recomendaros al dueño.

Gast. Gracias.

Dub. Hola! Eh! maese Borgoñon.

Posad. Allá vá, allá vá!

Dub. Querido Borgoñon, aqui teneis al caballero de Livry, que se queda en mi cuarto; os le recomiendo como si lo hiciera conmigo propio. (*Bajo.*) No olvides que este mozo vale lo que pesa de oro, y que si no le vuelvo á encontrar aqui, te encontraré á tí. A Dios, caballero, á Dios.

ESCENA XII.

GASTON, *solo.*

Y estos son los hombres con los que tiene uno que triunfar ó perderse!... Decididamente las conspiraciones son muy triste cosa!... No importa!... Ya no es tiempo de retroceder!... Vamos, Gaston, has dado tu palabra, no faltes á los que han respondido por tí, y sobre todo no te faltes á tí mismo.

Posad. Perdonad, caballero.

Gast. Qué hay?

Posad. Una dama...

Gast. Dónde?

Posad. En un coche.

Gast. Jóven?

Posad. No lo sé... viene cubierta con un velo.

Gast. Dios mio! sería acaso...

ESCENA XIII.

DICHOS. ELENA.

Elena. Soy yo, Gaston.

Gast. Elena! (*Al posadero.*) Dejadnos, amigo. (*Vase.*)

Gast. Vos aqui, Elena, en esta fonda! qué significa?...

Elena. Oh! Gaston, Gaston, en cualquier parte estaré mejor que en la casa adonde me han llevado.

Gast. Qué ha sucedido, pues?

Elena. Ha sucedido, Gaston... no sé cómo deciroslo, que vuestros presentimientos eran ciertos, segun veo.

Gast. Ah! es decir que ese hombre ha vuelto?

Elena. No; pero esa casa... escuchad, Gaston, porque ya soy vuestra esposa.

Gast. Oh! sí... delante de Dios, al menos.

Elena. Pues bien, un amante podia haber conducido á su amada á esa casa, pero un padre nunca hubiera conducido á su hija.

Gast. Sí, comprendo; pero cómo habeis podido salir de ella?

Elena. Haciéndome abrir las puertas.

Gaston. Por qué medio?

Elena. He dicho: yo lo mando!

Gaston. Vos, Elena!

Elena. Oh! vos no me conoceis, Gaston; tengo á veces una fuerza de voluntad que me sorprende á mí misma,.. voluntad que no proviene de mi corazon, ni de mi cabeza... sino que está en todo mi ser... Ayer os dije: Gaston, tengo fé en vuestra hidalguía, ni mandatos ni cerrojos me separarán de mi amigo, de mi hermano; si dudo acudiré á vos. He dudado, Gaston, y aqui me teneis!... Ahora, decidid: qué pensais hacer de mí?

Gast. Elena, escuchad... Estais convencida de que os amo, no es verdad? me teneis por un caballero en cuya palabra se puede fiar?...

Elena. Oh! Gaston!...

Gast. Pues bien, ved en mí mas que á un amigo, mas que á un hermano... ved al hombre á quien los acontecimientos, aun mas que nuestro mútuo amor, han hecho vuestro esposo!... Si hubiese sido rico y feliz, riquezas, felicidad, todo lo hubiera puesto hace tiempo á vuestros pies, fiando en Dios el cuidado del porvenir; pero, sabedlo, estoy sujeto de hoy á mañana á la alternativa de un suceso terrible... Oid lo que os ofrezco al deciros: sed mi muger: si salgo bien, una alta posicion tal vez; si me abandona la suerte, la miseria, el destierro, la muerte quizá,.. Elena, me amais bastante, ó mejor dicho, amais bastante á vuestro honor para arrostrar por todo esto?

Elena. Vos me lo preguntais, Gaston? me preguntais si os amo en el momento en que os amenaza un peligro? Sí, Gaston, sí os amo; quiero partir con vos esos riesgos; sí, estoy pronta á seguiros á todas partes, á un destierro, si asi lo quiere la suerte; vos lo habeis dicho; no es el amor solamente, son los sucesos los que nos han lanzado al uno en brazos del otro. Ambos somos huérfanos... aislados y perdidos nos hallamos los dos en la confusion del mundo, vos con grave riesgo para vuestra vida, yo con igual riesgo para mi honor. Las leyes comunes de la sociedad no existen ya para nosotros, puesto que la sociedad no nos ha dado los mismos medios de resistencia que á los demas seres creados; apoyémonos, pues, vos en

mí, yo en vos!... El vigoroso pondrá su fuerza, el débil pondrá su amor!... Acepto lo que me ofreceis; mi parte en vuestra vida, en vuestros peligros, en vuestras esperanzas!... Gaston, soy vuestra prometida: cuándo quereis que sea vuestra esposa?

Gast. Elena, esta noche, os lo juro; porque ya no podeis volver á entrar en esa casa que juzgais indigna de vos! y tampoco podeis seguirme sin que un sacerdote me haya dado al pie del altar el derecho de protejeros y defenderos.

Elena. Y hasta entonces, qué debo hacer?

Gast. Hasta entonces, Elena, estais bajo la salvaguardia de mi honor. Entrad ahí, en ese cuarto, encerraos por dentro, no abrais sino á mí, á mí solo, entendeis? Yo vendré á buscaros dentro de una hora, y esta noche, mañana, á mas tardar, no estará ya en mano de los hombres separar á los que Dios ha unido. (*Sale Tapin.*)

Elena. Silencio! Nos escuchan.

Gast. Pasad á ese cuarto, Elena, y os lo repito, no abrais sino á mi voz. (*Vase Elena. Gaston cierra la puerta.*)

ESCENA XIV.

GASTON. TAPIN.

Tap. Sois vos el caballero Gaston de Livry?

Gast. Sí señor.

Tap. El capitan La Jonquiere, detenido por S. E. el señor duque de Plasencia, no puede venir á buscaros personalmente como os habia prometido; pero aqui teneis cuatro letras de su puño que me recomiendan á vos.

Gast. Veamos... «Caballero, seguid con entera confianza al que os entregue esta esquela.» (*Sacando la otra esquela del bolsillo y comparándolas.*) La letra es idéntica; pero esto no es todo lo que teneis que entregarme, no es verdad?

Tap. Tengo la mitad de una moneda de oro que debo encajar en otra media...

Gast. (*Sacando la moneda de oro y juntando los dos*

fragmentos.) Esto es. Ahora decidme, á qué hora me espera el señor duque?

Tap. A las doce.

Gast. Y falta mucho para las doce?

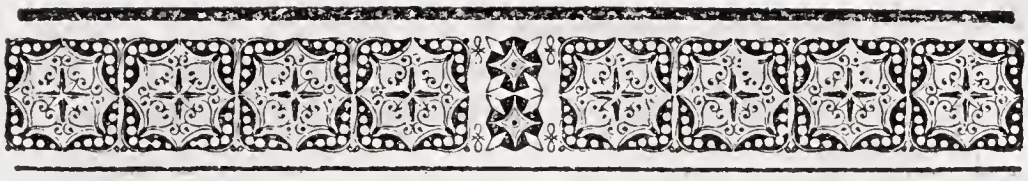
Tap. Vos teneis un reloj que debe ir exactamente como el mio, y en llegando á la puerta de S. E...

Gast. En la puerta de S. E.?...

Tap. Compararemos la hora.

Gast. Partamos, señor mio; ya no me queda duda de que venís de parte del capitan La Jonquiere.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

Un salon elegante al estilo de Luis XIV.

ESCENA PRIMERA.

EL REGENTE. UN ARQUITECTO.

Reg. Comprendeis, señor Oppenort? La persona de quien os hablo no puede permanecer donde se halla; aquel es un asilo provisional, que por lo que me han dicho, ya siento haberla señalado.—Es indispensable que la casa sea comprada, y esté amueblada en el espacio de ocho dias, á lo sumo; para los gastos necesarios acudid á mi bolsillo secreto.—Despejad. (*El arquitecto se va por el fondo.*)

Ugier. Ha dado cita monseñor al capitan La Jonquiere?

Reg. El capitan La Jonquiere? Y quién es?

Dub. (*Con el trage de capitan.*) Torpe... (*Al ugier.*) cuando te digo que sí!

Reg. Qué significa esto?

Dub. Cómo! Vos tambien, monseñor?

Reg. Eres tú?—(*Al ugier.*) Dejadnos.

ESCENA II.

EL REGENTE. DUBOIS.

Reg. Cáspita! Qué feo estás, Dubois! si por poco no te conozco!

Dub. Mil gracias, monseñor!

Reg. Qué significan ese apellido de La Jonquiere, bajo el cual te anuncian, y ese nuevo disfraz con que te presentas?

Dub. Significan, monseñor, que tengo piel nueva.

Reg. Como serpiente que eres; asi espero que habrás perdido la vieja.

Dub. No por cierto! Por el pronto se trata de otra cosa!

Reg. De qué se trata?

Dub. De asuntos de la mas alta importancia.

Reg. Siempre la misma cancion!

Dub. Sí, pero con música nueva, os lo aseguro.

Reg. Vete al diablo!

Dub. De alli vengo; mas está demasiado ocupado para recibirme, y me envia á V. A.

Reg. Mañana...

Dub. Monseñor no querrá que yo permanezca hasta mañana metido en esta funda!... Me moriria de repente, de lo cual yo no me consolaria nunca.

Reg. Pues yo sí. — Déjame en paz... necesito reposo.

Dub. Ya lo creo! Despues de la noche que monseñor ha pasado!

Reg. Qué noche?

Dub. Cómo ha corrido V. A.!

Reg. Yo?

Dub. Vos, monseñor, ayer.

Reg. No me parece que sea una gran cosa volver de San German aqui!

Dub. Es cierto; de San German á París no hay mas que un paso... pero puede alargarse el camino...

Reg. Cómo!...

Dub. Viniendo por Rambouillet.

Reg. Tú sueñas!

Dub. Tal vez, monseñor; y en ese caso voy á contaros mi sueño.

Reg. Alguna nueva estravagancia.

Dub. No, y esto probará á V. A. que me ocupo de sus asuntos... hasta durmiendo.

Reg. Habla, ya que estoy condenado á escuchar tus tonterías.

Dub. He soñado que monseñor despues de hacer que

cazaba en el bosque de San German, hizo que se perdia en él.

Reg. No... fue de veras. Soy tan distraido! Tomé un camino por otro...

Dub. Y V. A. se encontró sin saber cómo en Rambouillet, en la posada del Tigre real.

Reg. Ah! sí... pero apuesto á que aqui es donde tu sueño se embrolla; no es verdad?

Dub. No por cierto. —A la puerta del Tigre real monseñor entregó su caballo á Mr. de Nocé, que se habia perdido tambien, y se encaminó hácia un pabellon situado á lo último del patio.

Reg. Y qué habia en ese pabellon?

Dub. En primer lugar, en el umbral una horrible dueña, muy parecida á la hembra del Cancerbero... despues en el interior... cáspita! en el interior...

Reg. Hola! Alli es donde no pudiste ver nada... ni aun en sueños!

Dub. Monseñor, vos me suprimiríais mis quinientas mil libras para policía secreta, si gracias á ella, no alcanzase á distinguir nada en los interiores.

Reg. Y bien, qué descubriste en aquel?

Dub. Una preciosísima bretona; bella como los amores, procedente por línea recta de las Ursulinas de Clisson, y acompañada de una buena hermana, cuya presencia, un tanto incómoda, se suprimió en Epernon. Qué decís de mi sueño?

Reg. Muchas veces he pensado que eres el demonio enviado aqui para perderme!

Dub. Para salvaros, monseñor!

Reg. Para salvarme! No sospechaba yo tal!

Dub. Pero al menos estais contento? La jóven...

Reg. Hola, hola! caballero... parece que no sabemos de lo que hablamos.

Dub. Decididamente V. A. me aflige: una apariencia os persuade, una cita os trastorna la cabeza como á un chiquillo. V. A. ha tenido su sueño tambien, aunque ese ha sido malo. Permitidme que os lo esplique...

Reg. Señor José, os enviaré á la Bastilla!

Dub. Cuando gusteis; pero no por eso os librareis de saber que esa bella Elena...

Reg. Es mi hija!

Dub. Vuestra hija, monseñor?

Reg. Sí; mi hija, á quien he tenido oculta para que nadie la profanase con sus miradas.

Dub. De modo que hoy...

Reg. Deseando tener en el mundo alguien que me ame, la he hecho venir.

Dub. Y monseñor debe volverla á ver?

Reg. Hoy mismo. Por eso me encontrais en mi casa de la calle de la Barca, en vez de hallarme en el palacio real. Qué teneis que decir á esto?

Dub. Nada, monseñor; porque iba á suplicaros que vinieseis...

Reg. Adónde?

Dub. Aqui mismo; á esta casa.

Reg. Y por qué?

Dub. Porque quiero presentaros un jóven recien llegado de la Bretaña... justamente como mi señora, vuestra hija.

Reg. Protejes tú á ese jóven?

Dub. Directamente.

Reg. Y á qué viene él á París?

Dub. No quiero quitaros el placer de la sorpresa... Él mismo os dirá dentro de poco lo que quiere hacer en París... esto es, no os lo dirá á vos, sino á S. E. el embajador de España.

Reg. Al embajador de España? Pues quién es tu protejido?

Dub. Un precioso conspirador de veinticinco años, muy reservado y prudente, que llega de Nantes (donde estaba afiliado en cierto club), y viene recomendado en París á un tal La Jonquiere, capitan retirado, y conspirador en activo servicio. Comprendeis ahora?

Reg. Ni pizca.

Dub. Pues bien, he sido y soy aun el capitan La Jonquiere, puesto que me anunciaron á V. A. bajo ese nombre; mas en conciencia yo no puedo ser á la vez el susodicho capitan y el mencionado señor embajador de las Españas.

Reg. Y entonces, á quién has reservado ese papel?

Dub. A vos, monseñor.

Reg. A mí? Y quieres que con ayuda de un nombre falso sorprenda los secretos...

Dub. De vuestros enemigos? Gran crimen!

Reg. Mas si, como siempre, accedo á lo que me pides, qué resultará de eso?

Dub. Resultará que al fin convendreis en que no soy un visionario, y que permitireis entonces que vele sobre vos, una vez que V. A. no quiere velar por sí mismo.

Reg. Y si la cosa no vale la pena, una vez por todas, me veré libre de tus importunidades?

Dub. Os doy mi palabra de honor.

Reg. Preferiria otro cualquier juramento.

Dub. Cáspita! Sois demasiado dificil; cada cual jura por lo que puede.

Ugier. Monseñor!

Reg. Qué hay?

Ugier. Un correo que salió anoche de Rambouillet...

Reg. Silencio! Cómo anoche? Y son las once de la mañana!

Ugier. Ha perdido dos horas esperando á V. A. en el palacio real.

Reg. Aguardad.

Dub. Una carta de la Desroches! He reconocido la letra!

Reg. Y bien, capitan?

Dub. Monseñor, voy á aguardar á nuestro hombre en la puerta de esta casa.

Reg. Ves. (*Vase Dubois.*)

ESCENA III.

EL REGENTE. EL UGIER.

Reg. Una carta de madame Desroches! Qué me dirá? Le habrá sucedido alguna desgracia á Elena? — Las dos debian estar en París desde las nueve! — Veamos lo que me escribe: — «Monseñor: un jóven que parece haber seguido á la señorita Elena durante su viaje, se ha presentado en el pabellon despues de vuestra partida; yo quise despedirle; pero la señorita me mandó tan imperiosamente que le introdujese y me retirase, que en su mirada y en su gesto reco-

noci la ilustre sangre que corre por sus venas!» — Sí, sí; es mi hija! — «Creo, monseñor, que el dicho jóven y la señorita se conocen há mucho tiempo, porque habiéndome permitido escuchar su plática, y en un momento en que él alzaba la voz, le oí esclamar: Vernos como antes!...» — Quién será ese hombre? — El hermano ó el primo de alguna religiosa que la veía en el locutorio. — «Comuníqueme V. A. sus órdenes para que yo sepa qué hacer en el caso de que se vuelva á presentar ese Mr. de Livry.» Ah! se llama Mr. de Livry! Siempre es bueno saberlo! — Con todo, confieso que me inquietan estas noticias. (*Al ugier.*) Está ahí aun el mensagero?

Ugier. Sí, monseñor: aguarda la respuesta, que debe llevar, segun dice, á la calle de San Antonio.

Reg. (*Sentándose á escribir.*) «Asi que llegueis, venid á mi casa de la calle de la Barca.» Tomad! (*Al ugier, que se marcha.*) Con tal de que Dubois, que lo sabe todo, no sepa tambien esto... Cómo se reiría!

ESCENA IV.

EL REGENTE. DUBOIS. GASTON.

Dub. Venid, venid! Os esperan. — Se puede entrar, señor duque?

Reg. Sí.

Dub. Tengo el honor de presentar á V. E. el caballero Gaston de Chanley. — Caballero, estais en presencia del señor embajador de España.

Gast. Señor duque...

Dub. (*Bajo al Regente.*) Cáspita! Habladle; si vos no empezais, él no dirá nada.

Reg. Llegais de Bretaña, segun creo?

Gast. Sí señor.

Reg. Pues... hablad.

Gast. Que yo hable!...Yo creía que primero lo haría V. E.

Reg. Es verdad; pero comenzamos un diálogo, y no lo olvideis... cada cual habla á su vez en una conversacion.

Gast. V. E. me honra demasiado!

Reg. Veamos, qué venís á hacer en París? Decidmelo.

Gast. Señor, los Estados de Bretaña...

Reg. Los descontentos de Bretaña...

Dub. (*Bajo.*) Qué diablos estais diciendo?

Gast. Los descontentos son tantos, que bien pueden mirarse como los representantes de la provincia. Sin embargo, usaré la locucion que me indica V. E. — Los descontentos de la provincia de Bretaña me han enviado á París para que averigüe por vos las intenciones de la España en este particular.

Reg. Pero si la España supiese antes las de la Bretaña, me parece que sería mejor.

Gast. Vuestro pais puede contar con nosotros; hemos empeñado nuestra palabra, y la lealtad bretona es proverbial.

Reg. Y á qué os comprometeis con la España?

Gast. A secundar como podamos los esfuerzos de la nobleza francesa.

Reg. Pues no sois tambien franceses?

Gast. Somos bretones!

Reg. Pero la Bretaña se halla reunida á la Francia desde el matrimonio de Luis XII.

Gast. Sí, mas debe considerarse como separada de la Francia desde el momento en que esta no respeta el derecho que se le habia reservado por aquel convenio.

Reg. Siempre con la rancia historia del contrato de Ana de Bretaña! Mucho tiempo hace que se firmó, caballero!

Dub. (*Tosiendo.*) Hum, hum!

Gast. Qué importa, si todos lo sabemos de memoria?

Reg. Y qué quiere la nobleza francesa? Sepámoslo.

Gast. Sustituir en caso de muerte de S. M. Luis XV, al rey de España en el trono de Francia.

Dub. Muy bien, muy bien!

Reg. Entonces cuentan con la muerte del rey?

Gast. Monseñor el Delfin, el señor duque y la señora duquesa de Borgoña, y el señor duque de Berry, han desaparecido de una manera deplorable!

Reg. Y se aguarda que el jóven monarca desaparezca como ellos?

Gast. Tal es el temor general.

Reg. Eso esplica como el rey de España espera subir al trono francés; y no cree hallar S. M. católica alguna oposicion á sus proyectos en la regencia misma?

Gast. Se ha previsto ese caso.

Dub. Se ha previsto ese caso? Bien, muy bien! — Cuando yo os decia, monseñor, que nuestros bretones son hombres inapreciables! — Continuad, continuad. (*Gaston guarda silencio.*)

Reg. Ya lo veis, yo escucho; hablad.

Gast. Este secreto no me pertenece, señor embajador.

Reg. Entonces quiere decir que yo no poseo la confianza de vuestros gefes.

Gast. Si, la poseeis entera; pero vos solamente.

Reg. El capitan es amigo mio, y os respondo de él como de mí...

Gast. Mis instrucciones me ordenan no franquearme sino con vos.

Reg. Os repito que respondo del capitan.

Gast. En ese caso, ya he dicho todo lo que tenia que decir. (*Alejándose.*)

Dub. Perfectamente, monseñor; me retiro; aunque antes de salir yo tambien tendré que hablaros dos palabras.

Reg. Acaba!

Dub. Vais á quedaros solo con él?

Reg. Ya lo ves!

Dub. Bueno, pues sonsacadle... nada de falsas delicadezas... arrancadle su secreto de las entrañas. Nunca se os volverá á presentar una ocasion semejante.

Reg. Tranquilízate; una vez principiado...

Dub. Está bien. Mr. de Chanley, servidor vuestro, y hasta la vista. — Otro se enfadaría con vos porque no hubieseis querido hablar delante de él; yo no soy tan susceptible, y con tal de que la cosa marche como quiero, poco me importan los medios.

ESCENA V.

EL REGENTE. GASTON.

Reg. Ya estamos solos, hablad!

Gast. Sin duda V. E. estará admirado de no haber recibido todavía de España ciertos despachos que debia dirigirle el cardenal Alberoni.

Reg. Es verdad!

Gast. Yo voy á daros la esplicacion de esa tardanza; el abate Portocarrero ha caido enfermo, y no ha marchado de Madrid; el baron de Valef, mi amigo, ha sido el encargado de traer los pliegos, y me los dió esta mañana.

Reg. Adónde estan esos pliegos?

Gast. Aqui.

Reg. (*Leyendo el sobre.*) « A S. E. el embajador de España. » (*Va á romper el sello y se detiene.*) Sabeis lo que contienen, caballero?

Gast. Sé al menos lo que se ha pactado.

Reg. Veamos, decid; me alegraré de conocer hasta qué punto estais iniciado en los secretos del gabinete español.

Gast. Cuando nos hayamos deshecho del Regente, haremos reconocer al duque del Maine en su lugar; y el Sr. duque romperá en el instante el tratado de la cuadruple alianza negociado por ese miserable Dubois.

Reg. Siento infinito que el capitan La Jonquiere no esté aqui ya, pues hubiera tenido mucho gusto en oiros hablar asi: pero en lo que acabais de decir, hay una frase que no comprendo.

Gast. Cuál?

Reg. Esta: « cuando nos hayamos deshecho del Regente... » Y de qué modo os deshareis de él?

Gast. El primer proyecto habia sido arrancarle de París, encerrándole en una fortaleza por toda su vida.

Reg. Y el segundo?

Gast. Es facil seducir á los carceleros; es posible escaparse de una prision... pero...

Reg. Pero nadie sale de una tumba; es eso lo que queríais decir, no es verdad?

Gast. Sí señor.

Reg. Y vos, habeis venido á París para deshaceros del Regente?

Gast. Sí señor.

Reg. Matándole?

Gast. Sí señor.

Reg. Y vos os habeis brindado á desempeñar tan sangrienta mision?

Gast. No; jamas habria elegido yo el oficio de asesino! Eramos un club de cinco caballeros asociados á la

liga bretona, y habíase convenido en que todo lo que hiciésemos se decidiese por mayoría.

Reg. Comprendo; y la mayoría decidió que se asesinase al Regente.

Gast. Justamente: cuatro estuvieron por el asesinato; uno solo votó en contra.

Reg. Y quién fue ese?

Gast. Aunque pierda la confianza de S. E., debo decirlo; fuí yo!

Reg. Y entonces, cómo os habeis encargado del cumplimiento de un designio que vos desaprobais?

Gast. Se decidió que la suerte señalaria al que debiese dar el golpe.

Reg. Y la suerte...

Gast. Me señaló á mí!

Reg. Cómo no habeis rechazado esa eleccion?

Gast. El escrutinio era secreto; nadie sabia mi voto... me hubieran creido un cobarde!

Reg. Y vos contais conmigo?

Gast. Para ayudarme en mi empresa.

Reg. Pero reflexionadlo; facilitándoos los medios de llegar hasta el Regente, me hago cómplice vuestro.

Gast. Y eso os asusta, señor embajador?

Reg. Sin duda; porque preso vos...

Gast. Qué sucederia?

Reg. Podrian á fuerza de tormentos arrancaros los nombres de los que...

Gast. No me conoceis, y por tanto disculpo esa injuria; vos no sabeis lo que es un caballero breton!

Reg. Entonces se puede contar con vuestro silencio?

Gast. Los que han dudado un instante de mí, no han tardado en pedirme despues perdon!

Reg. Está bien; pensaré en lo que acabais de decirme; pero en vuestro lugar...

Gast. Concluid!

Reg. Yo renunciaria á semejante empresa.

Gast. Ciertamente que quisiera no haberme comprometido en ella; mas ahora, es forzoso que la lleve á cabo.

Reg. Aun cuando yo rehuse secundaros?

Gast. El club ha previsto eso tambien.

Reg. Y qué ha decidido?

Gast. Seguir adelante.

Reg. Asi, vuestra resolucion...

Gast. Es irrevocable!

Reg. He dicho lo que debia deciros; ahora, ya que estais empeñado, proseguid, caballero, proseguid! (*Hace un movimiento para alejarse.*)

Gast. (*Deteniéndole.*) Perdonadme, señor embajador; me falta pediros una gracia.

Reg. Cuál es, caballero?

Gast. La de dar asilo y otorgar proteccion á una jóven á quien amo, y cuyo honor corre en este momento gran peligro.

Reg. Gran peligro! — Y qué deseais de mí?

Gast. Que la recibais en vuestra casa, hasta que sea mi muger.

Reg. Consentirá ella en ese rapto? Porque será un robo...

Gast. Tiene entera confianza en mí, y ha accedido á todo.

Reg. Id á buscarla, caballero; yo respondo de ella! (*Llama. Al ugier que entra.*) Poned un carruaje á la disposicion de este jóven. (*Á Gaston.*) Si estuviese con alguien cuando volvais, haced entrar á esa persona en esta sala, y mandad que me avisen.

Gast. Os lo agradezco, tanto mas cuanto que me aguarda Mr. de Valef, quien antes de partir para Bretaña debe saber los resultados de mi entrevista con vos.

Reg. Muy bien.

Gast. Si os fuese imposible recibirla al instante, podria yo dejar á esa señorita sola aqui?

Reg. Sí; estará tan segura como al lado de su madre!

Gast. Y si me sucediese alguna desgracia?

Reg. Contad siempre conmigo.

Gast. Me lo prometeis?

Reg. A fé de caballero!

Gast. Gracias, señor embajador; ahora estoy tranquilo; dentro de diez minutos me hallaré de vuelta.

ESCENA VI.

EL REGENTE. DUBOIS.

Dub. (*Sale con papeles en la mano.*) Monseñor, qué decís de este muchacho? Es valiente, verdad?

Reg. Has escuchado?

Dub. Pardiez! Y qué queríais que hiciese?

Reg. Y has oido?

Dub. Todo! Y qué os parecen esos proyectos?

Reg. Que se disiparán como el humo...

Dub. Y es tambien humo el club breton?

Reg. No, eso es lo único que existe realmente.

Dub. Y el puñal de nuestro conspirador?

Reg. No... y me ha parecido bastante bien afilado!

Dub. Cáspita! Monseñor, el niño no se asusta de nada!

Reg. Es un noble corazon el de ese caballero de Chanley!...

Dub. Bueno! No faltaria mas sino que le cobráseis aficion y cariño!

Reg. Por qué siempre ha de encontrar uno entre sus enemigos, y nunca entre sus amigos, almas de ese temple?

Dub. Porque el odio es una pasion, y la amistad un sentimiento.

Reg. Qué papel es el que traes ahí? (*Lo toma y lee.*) La orden de prender al caballero Gaston de Chanley y de conducirle á la Bastilla?

Dub. Sí, monseñor; cree acaso V. A. que este sea un abuso de poder?

Reg. No... pero sin embargo...

Dub. Cuando uno tiene en sus manos el gobierno de un reino, es menester ante todo gobernar!

Reg. Me parece que yo soy dueño...

Dub. De recompensar, sí, á condicion de castigar. El equilibrio de la justicia se falsea cuando una eterna y ciega misericordia pesa solo en un lado de la balanza: obrar como vos quereis hacerlo, no es ya ser bueno, sino ser débil. Cuál será la recompensa de los que algo merecen, sino castigais á los que delinquen?

Reg. Si querias que fuese severo, para qué has provocado una conferencia entre yo y ese hombre? No debias ponerme en el caso de apreciarle en su justo valor, siendo preciso dejarme creer que era un conspirador vulgar.

Dub. Sí; y porque se ha presentado á V. A. bajo una apariencia romanesca, hé aqui que os habeis prendado de él!

Reg. Acaso mi vida espiada, atormentada, calumniada

como lo es, merece que yo me tome el trabajo de defenderla?

Dub. No es vuestra vida lo que defendeis, monseñor! En medio de todas las acusaciones que se os dirigen, la de cobardía es la única que vuestros mas crueles enemigos no se han atrevido á haceros: pero ahora vuestra existencia no os pertenece; es de la Francia, es de la Europa, es del mundo entero; vos sois el pilar que sostiene ese edificio inmenso, y faltando vos todo se hundiria. Asi, vuestra obligacion, vuestro deber es conservarla; el mio escudarla y protejerla!

Reg. Entonces, absolutamente te empeñas en?...

Dub. (*Presentándole una pluma de rodillas.*) Sí, monseñor, lo exijo!

Reg. (*Despues de firmar.*) Ahora, bien lo comprendes; ya no puedo recibir á ese jóven.

Ugier. El caballero Gaston de Chanley...

Reg. ((*Al ugier.*) Decidle que en este momento me es imposible verle.

Dub. Con que asi, monseñor, tengo carta blanca?

Reg. (*Despues de un momento de duda.*) Sí!

Dub. Bien! (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL REGENTE, *solo.*

Sí... Tiene razon. Mi vida, con la que á todas horas se juega y se amenaza, ha dejado de pertenecerme. Ayer aun me decia mi madre lo que Dubois acaba de repetirme: quién sabe lo que sería del mundo entero si yo llegase á morir! Sucederia lo mismo que sucedió cuando la muerte de mi abuelo Enrique IV. — Sí, debo abandonar á ese pobre mozo á la justicia humana... Por otra parte, no soy yo quien le condena... Los jueces lo decidirán! Y esa niña, que fia á mi lealtad? — Oh! Lo juro: ella será para mí santa y sagrada! (*Llama: el ugier sale.*) Ha venido alguien despues del caballero de Chanley?

Ugier. Una señora jóven que él mismo trajo, y que aguarda afuera.

Reg. Hacedla entrar!

Ugier. (*Anunciando.*) La señorita Elena de Chaverny.

Reg. Elena! Mi hija, conducida aqui por Mr. de Chanley! Entonces es ella la que ama al hombre que ha hecho juramento de... Corazon, corazon mio, domínate, contente, cállate!

ESCENA VIII.

EL REGENTE. ELENA.

Elena. Señor...

Reg. Acercaos, señorita, acercaos sin temor.

Elena. Dios mio!

Reg. Qué teneis?

Elena. Vuestra voz me recuerda la de una persona...

Reg. A quien conoceis?

Elena. A la que he hablado una sola vez... y cuyo acento ha quedado aqui, en mi corazon! Pero... pero... es imposible!

Reg. Me felicito por esta casualidad, señorita; la semejanza de mi voz con la de una persona que debe seros querida, dará tal vez mayor peso á mis palabras. Sabeis que el caballero de Chanley me ha hecho el honor de escogerme para protector vuestro?

Elena. Al menos, me condujo aqui anunciándome que V. E. le habia prometido velar sobre mí.

Reg. Entonces... para haberos fiado enteramente del caballero... es menester que le ameis...

Elena. Si no le amase... cuál sería mi disculpa?

Reg. (*Aparte, con dolor.*) Le ama! (*Alto.*) Lo que me sorprende, señorita, es que siendo amada por Mr. de Chanley, como pareceis serlo, no tengais con él ningun influjo para hacerle renunciar á sus proyectos.

Elena. A sus proyectos? Qué quereis decir?

Reg. Cómo! Ignorais el motivo que le trae á París?

Elena. Completamente.

Reg. (*Aparte.*) Lo ignoraba! (*Alto.*) Y no sabeis que el caballero que se ha asustado del riesgo imaginario que corríais, se ve amenazado él propio de un peligro real y positivo?

Elena. Dios santo! Ya me lo habia sospechado yo! Mas á cuantas instancias le he hecho, nunca ha querido

responderme nada! Oh! Vos, monseñor, vos que lo sabeis, decidme en nombre del cielo cuál es ese peligro!

Reg. Su secreto no me pertenece, señorita!

Elena. (*Haciendo un movimiento.*) En ese caso, permitidme que vuelva á buscarle.

Reg. Vos, hija mia?

Elena. Dejadme!

Reg. Perdonad... pero tan jóven... luego el interes que me inspira el caballero... el que vos misma... Oidme, oidme!

Elena. Ya os escucho... hablad pronto!

Reg. Quiero daros un consejo.

Elena. Para él?

Reg. No, para vos. Dejad, creedme, dejad... os lo suplico... á Mr. de Chanley perderse solo en el camino fatal que sigue, ya que aun es tiempo para vos de permanecer donde estais, y de no ir mas adelante.

Elena. Quién, yo? Habia de abandonarle yo en el instante en que, segun vos mismo decís, un peligro que no conozco le amenaza! No, no señor; los dos estamos solos en el mundo; Gaston no tiene ya padres; yo, si los tengo aun, deben estar acostumbrados á mi ausencia! Nosotros podemos perdernos solos sin hacer derramar una lágrima! Abandonarle yo!... Vos no teneis corazon... no, no teneis corazon cuando me proponeis semejante cosa!

Reg. Y sin embargo, no habeis renunciado casi á él? No le dijísteis el otro dia que todo debia acabarse entre vosotros... y que no podiais disponer ni de vuestro corazon, ni de vuestra persona?

Elena. Sí, yo dije eso, porque entonces le creía feliz, porque ignoraba que su libertad, que su vida quizás, estuviesen amenazadas!

Reg. Vos exagerais sin duda vuestro amor hácia el caballero; ese amor no resistiria á la ausencia!

Elena. A todo, señor, á todo! En la soledad en que mis padres me han dejado, ese afecto ha sido mi única esperanza, mi felicidad, mi existencia! Ah! Señor! Si teneis algun influjo sobre Gaston, (y debeis tenerlo, pues os ha confiado secretos que á mí me oculta) obtened de él que renuncie á sus proyectos. Decidle

que yo le amo mas que á nada en la tierra. Decidle que su suerte será la mia; que desterrado él, yo me destierro; que él prisionero, yo quiero ser cautiva; que si él muere, yo moriré tambien! Decidle, decidle eso, y añadid que vos habeis conocido por mis lágrimas y por mi desesperacion, que yo solo digo la verdad!

Reg. Y yo... que poco há... esa orden que acabo de firmar... Ese poder ilimitado que he cedido á Dubois...

Elena. Qué decís, señor?

Reg. Quedaos, quedaos aqui; pronto vuelvo. (*Saliendo.*) Sí, sí... se moriría!

ESCENA IX.

ELENA. *Luego* GASTON.

Elena. Se marcha!... Si al menos supiese yo dónde está Gaston! Si pudiese informarme siquiera... Dios mio! No hay nadie aqui! Cuando nos separamos... estaba tranquilo... sin duda ignoraba...

Gast. Elena!

Elena. El es!... Gaston, ven, ven... quieren prenderte: prenderte! Tú corres un peligro; yo no sé cuál, pero grave, real, positivo... El embajador lo ha dicho... Gaston, no te separarás de mí!

Gast. Si... por eso me aguardaban á la puerta!

Elena. Quiénes?

Gast. Hombres armados!

Elena. Sí... sí... guardias... por qué... Oh! Tú no me habias revelado lo que te traía á París!! Desventurado! Secretos para mí!... Vamos, no hay un instante que perder... El embajador es tu amigo... y está ahí... me ha dicho que le espere... pero si no supiese... Ay! Si yo viese abrirse esa puerta... si vinieran... Qué miedo tengo, qué miedo!... Vamos, Gaston, vamos! (*Al ir á marcharse se abre la puerta, y aparecen un oficial y soldados; Elena exhala un grito convulsivo.*)

ESCENA X.

DICHOS. UN OFICIAL. SOLDADOS.

Elena. Ah!
Gast. (*Aparte.*) Soy perdido!
Elena. (*Al oficial.*) Qué quereis, señor?
Oficial. El caballero Gaston de Chanley?...
Elena. El caballero de Chanley? (*Bajo á Gaston.*) Silencio... ni una palabra! (*Alto.*) Yo no le conozco!
Oficial. El señor...
Elena. Es Mr. de Livry, que ha llegado ayer... y no tiene nada que hacer con vosotros. Ademas, está aqui... en casa del embajador... viene á verle... Preguntádselo sino á aquel... que está ahí... que va á salir!...
Oficial. Caballero, tengo orden de prenderos!
Elena. No os digo?...
Oficial. Dadme vuestra palabra de honor de que no sois el que yo busco.
Gast. Tomad mi espada, capitan.
Elena. (*Da un paso para impedirlo: luego, despues de un momento de lucha, exhala un grito agudo, y se cubre el rostro con las manos.*) Oh!!!
Oficial. Seguidme! (*A Gaston.*)
Gast. A Dios, Elena!
Elena. Desdichado! Qué has hecho? (*Llévanse á Gaston.*)

ESCENA XI.

ELENA. *Despues* EL REGENTE. DUBOIS.

Elena. (*Sacudiendo la puerta por donde se entró el Regente.*) Gaston! Gaston! Cerrada!... Dios mio! Dios mio! Venid, señor embajador, venid!... Socorro, socorro! Misericordia!
Reg. Aqui estoy: qué quereis?
Elena. Pero vos no sabeis... no habeis oido... aqui... en vuestra casa... le han preso... se le llevan. (*Cae de rodillas, y con las manos juntas.*) Señor... señor... señor... (*Cae al suelo desmayada.*)

Reg. (*A Dubois, que sale.*) Maldecido! Qué has hecho?

Dub. He ejecutado vuestra orden, monseñor.

Reg. Pues bien, escucha; mi orden ahora es que corras á buscarle, que le devuelvan la libertad.

Dub. Dirigios al parlamento, monseñor; él es el que juzga los crímenes de alta traicion!

Reg. Hija mia! Hija mia! Vuelve en tí!... Le salvaremos, le salvaremos!

Dub. Eso está por ver!

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DUBOIS. DOS UGIERES. TAPIN.

(*Al levantarse el telon dan las once.*)

Dub. Las once! Muy bien! (*Al ugier* 1.°) Habeis ido á la Bastilla? Habeis avisado á Mr. Delanay, no es verdad?

Ugier 1.° Sí señor.

Dub. Estará iluminada la capilla?

Ugier 1.° Seguramente.

Dub. Esperad. (*Al ugier* 2.°) Habeis ido á casa de MM. de Nocé y de Canillac?

Ugier 2.° Ahora mismo vengo de la del último.

Dub. Los habeis encontrado?

Ugier 2.° A los dos.

Dub. Vendrán aqui esta noche?

Ugier. 2.° Lo han prometido.

Dub. Ahora id á buscar al señor abad de Lorges, limosnero de la Bastilla, y decidle que esté dispuesto á oficiar de una á dos de la mañana.

Ugier 2.° Voy al punto.

Dub. Espresad que vais de parte de monseñor, y en

caso de impedimento, que me escriba al instante aqui, al palacio particular de S. A.

Ugier. 2.° Lo sabrá. (*Vase.*)

Dub. (*Al ugier* 1.°) Os ha preguntado alguna cosa Mr. Delanay?

Ugier. Lo que V. E. habia previsto.

Dub. Y qué habeis contestado?

Ugier. Lo que me habiais ordenado; es decir, que se trataba del matrimonio del caballero de Chanley con la señorita de Chaverny.

Dub. Sí, casamos á esas pobrecitas criaturas; no es asi, Tapin?— (*Al ugier.*) Despejad! (*Vase el ugier.*)

ESCENA II.

DUBOIS. TAPIN.

Dub. Cierra las puertas... perfectamente... Ahora ya he dicho bastantes tonterías... Es cierto que hablaba en nombre de monseñor. Volvamos, pues, á hablar racionalmente. Has conseguido?...

Tap. Yo lo creo!

Dub. Todo?

Tap. Debia hacer otra cosa de lo que me dijisteis?

Dub. No; entonces el caballero...

Tap. Por orden vuestra se le puso en el mismo cuarto de uno de mis hombres, que fingió habitar la Bastilla hacia seis meses; asi halló una magnífica evasion preparada en regla.

Dub. No puso ninguna dificultad para escaparse?

Tap. Pasó por la ventana como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa; despues, al llegar á la mitad de la cuerda, ni siquiera se tomó el trabajo de bajar hasta lo último; y vive Dios que saltó de mas de quince pies de altura, de modo que tuve miedo de que se hubiese roto una pierna.

Dub. Hubiera sido una desgracia!

Tap. Gracias al cielo, no sucedió nada, tranquilizaos.

Dub. De suerte que á estas horas...

Tap. Está camino de Flandes.

Dub. Bravo! Alli encontrará facilmente buenos caballos. — Ah, monseñor! No os basta con no castigar á

vuestros enemigos, sino que todavía quereis elevarlos hasta V. A., y al conspirador de ayer hacerle hoy esposo de vuestra hija, con el fin de daros á vos mismo un pretesto para perdonarle? — Pues monseñor, yo me opongo á ello; que se libre de la muerte... pase... pero al menos que no venga á prometer la impunidad á los que intenten imitarle... un perdon público y distinguidos favores.

Tap. S. A.

Dub. Ni una palabra, maese Tapin, y no te alejes mucho; quizás necesite de vosotros.

ESCENA III.

EL REGENTE. DUBOIS.

Reg. Hola! Tú aqui, Dubois?

Dub. Siempre á vuestras órdenes, monseñor.

Reg. Está preparado todo para el casamiento de la señorita de Chaverny?

Dub. Sí, monseñor; mas una cosa me inquieta.

Reg. Cuál?

Dub. Solamente quisiera saber cómo habeis podido determinar á la linda novia, entregada como se encuentra á su dolor, á asistir al baile que dais aqui esta noche.

Reg. La he dicho que hallará en él al Regente; que podrá asi pedirle la gracia del caballero, y esta seguridad ha destruido todos sus escrúpulos.

Dub. Perfectamente. Se dignará V. A. indicarme la hora señalada?

Reg. La ceremonia se verificará á las dos de la mañana.

Dub. (*Calculando.*) Son las once... á las doce en Senlis... á las dos en Noyon.

Reg. Qué calculas?

Dub. Calculo en qué punto estará á las dos de la mañana.

Reg. Quién?

Dub. El futuro.

Reg. Cómo! Dónde estará?

Dub. Sí señor; á las dos de esta madrugada, se encontrará á veinticinco leguas de París,

Reg. A veinticinco leguas?

Dub. Sí, si sigue corriendo lo mismo que cuando se le vió salir.

Reg. Qué dices?

Dub. Digo, monseñor, que solo falta una cosa para el matrimonio.

Reg. Cuál?

Dub. El marido.

Reg. Gaston?

Dub. Se ha escapado de la Bastilla hace una hora.

Reg. Mientes; nadie puede fugarse de allí.

Dub. Os pido mil perdones, monseñor; cuando uno se ve condenado á muerte, se fuga de todas partes.

Reg. Y ha huido, sabiendo que debia casarse con la que amaba!

Dub. Sí, sí... ni mas ni menos. El caballero... el héroe, se ha portado como pudiera el mas despreciable pelafustan. Y á la verdad, monseñor, ha hecho muy bien.

Reg. Y mi hija, Dubois?

Dub. Qué?

Reg. Se morirá!

Dub. No tal, monseñor; cuando conozca al personage que adoraba, se consolará; y vos la casareis con algun principillo de Alemania ó de Italia... con el duque de Módena, por ejemplo, á quien dió calabazas madamoiselle de Valois.

Reg. Y yo que iba á perdonarle!

Dub. Era inútil; se ha perdonado él á sí mismo... Sin duda lo ha juzgado mas seguro. Y á fé mia, confieso que yo hubiera hecho otro tanto.

Reg. Tú... tú no eres noble, no eres caballero!

Dub. Oh! En cuanto á eso, es verdad... Soy villano, hombre del pueblo... y me glorío de ello!

Reg. Tú no habias jurado nada!...

Dub. Os engañais, monseñor; habia jurado impedir á V. A. que hiciese una locura... y... lo he conseguido!

Reg. No hablemos ni una palabra de esto delante de Elena. Yo me encargo de participarla la noticia.

Dub. Y yo de que atrapen otra vez á vuestro yerno!

Reg. No; se ha fugado... Ese es su castigo! Se ha fugado en el momento en que todo estaba dispuesto, y cuando Elena iba...

Gast. (*Dentro.*) Es menester que yo le hable... al punto, al punto mismo!

Dub. Cielos!

Reg. Esa voz...

Ugier. (*Anunciando.*) El caballero Gaston de Chanley. (*El Regente y Dubois se miran con una espresion diferente.*)

Reg. Gaston! Ah! Bien sabia yo que con aquel acento, con aquel rostro, con aquel corazon, era imposible una cobardía! Ya lo ves, no se debe juzgar á todo el mundo por uno mismo... especialmente cuando uno se llama Dubois! (*Al ugier.*) Hecedle entrar.

Dub. Aguardad al menos á que yo me marche, monseñor.

Reg. Es cierto... sino te reconocería.

Dub. (*Yéndose.*) Volver... el muy necio!

ESCENA IV.

EL REGENTE. GASTON.

Gast. Monseñor!

Reg. Cómo! Sois vos, caballero?

Gast. Sí; se ha obrado un milagro en mi favor; me pusieron en el calabozo de un preso que lo tenia todo preparado para su evasion; nos escapamos juntos, y aqui estoy.

Reg. Y en vez de huir, en vez de pasar la frontera, de poneros en seguridad, habeis vuelto á esta casa con riesgo de vuestra cabeza?

Gast. Debo confesarlo; al principio la libertad me sedujo; mas luego, casi al instante, pensé...

Reg. En Elena, á quien abandonabais?

Gast. Y en mis compañeros, á los cuales dejaba en peligro.

Reg. Y entonces decidisteis...

Gast. Seguir unido á ellos hasta que nuestros proyectos se realicen.

Reg. Nuestros proyectos?

Gast. No son comunes á vos tambien?

Reg. Escuchadme; creo que el hombre no debe abusar nunca de la fuerza que Dios le ha dado; hay cosas que

el cielo mismo parece prohibirle ejecutar; advertencias misteriosas que le impulsan á renunciar á ciertos planes. Pues bien, yo creo que es un sacrilegio desoir esos presentimientos; permanecer sordo á esa voz. Asi, ya que nuestros proyectos han abortado, no pensemos mas en ellos.

Gast. Al contrario; pensemos mas que nunca!

Reg. Y cómo podeis querer persistir en una empresa tan dificil ahora que es casi insensata?

Gast. Quiero persistir, monseñor, porque me acuerdo de mis amigos presos, juzgados, sentenciados, y segun Mr. de Argenson me ha dicho, próximos á subir al cadalso; quiero persistir, porque solo la muerte del Regente puede salvarlos; quiero, en fin, persistir, porque si yo saliese de Francia se diria que he comprado mi libertad á costa de la muerte de ellos, y que las puertas de la Bastilla se han abierto para mí en premio de mis delaciones.

Reg. Asi lo sacrificais todo á ese pundonor... todo... hasta Elena?

Gast. Si mis compañeros viven aun, es menester que yo los salve.

Reg. Y si han muerto?

Gast. Es menester que yo los vengue.

Reg. Con que perseverais?...

Gast. Mas que nunca: ya os lo he dicho, es indispensable que el Regente muera, y morirá!

Reg. Y antes no quereis ver á la señorita de Chaverny?

Gast. Monseñor, soy hombre... y amo... por consecuencia soy débil. Voy á tener que luchar á la par con sus lágrimas y con mi propia debilidad. Por tanto no veré á Elena sino á condicion de que me jurareis dejarme ver al Regente.

Reg. Y si rehuso aceptar ese compromiso?

Gast. No me presentaré á Elena... he muerto para ella! Es inútil que recobre la esperanza para perderla de nuevo! Basta con que me haya llorado una vez!

Reg. Qué hareis, pues?

Gast. Buscaré al Regente por todas partes; le mataré donde le encuentre.

Reg. En ese caso, puesto que es una resolucion firme...

Gast. Irrevocable!

Reg. Oidme; esta noche doy una fiesta aqui.
Gast. Aqui, monseñor?
Reg. El Regente debe asistir á ella.
Gast. Gran Dios!
Reg. Vendrá solo, sin escolta, sin defensa.
Gast. (*Estremeciéndose.*) Qué decís?
Reg. Digo que vendrá solo, sin escolta, sin defensa... Comprendeis?
Gast. Sí: comprendo!
Reg. Qué teneis?
Gast. Ah! Es horrible! Es horrible!
Reg. Vacilais?
Gast. No... no... monseñor, no vacilo... pero creedme... es una cosa atroz matar á un hombre sin defensa; á un hombre que se entrega él mismo; que recibe el golpe sonriendo á su asesino! — Mirad, yo me creía valeroso y fuerte... mas debe sucederle lo mismo á todo conspirador que se compromete á lo que yo me he comprometido. — En un instante de fiebre, de entusiasmo, ó de odio, hácese el juramento fatal, quedando entre el matador y la víctima todo el espacio de tiempo que debe transcurrir. Poco á poco, la fiebre se calma, el entusiasmo se estingue, el odio disminuye... y se ve aparecer en el otro estremo del horizonte aquel contra quien se debe ir, y que se adelanta él mismo; cada dia se va acercando mas, y entonces se estremece uno, porque solo entonces comprende el crimen que ha ofrecido! Sin embargo, el tiempo inexorable transcurre, y á cada hora que suena se mira á la víctima dar un paso hasta que la distancia desaparece... En ese trance, creedme, los mas valientes tiemblan... entonces conoce uno que no es como habia supuesto el ministro de su conciencia, sino el esclavo de su juramento: al contraerlo díjose con la frente orgullosamente levantada: «Yo soy el elegido:» al cumplirlo, murmura con la cabeza inclinada sobre el pecho: «Yo soy el maldito!»
Reg. Aun sois dueño de rehusar lo que os ofrezco!...
Gast. No, no... Obedeceré á mi destino, por terrible que sea! Mi corazon se estremecerá, aunque mi mano no tiemble! — De qué modo conoceré yo al Regente? Ya sabeis que nunca le he visto.

Reg. Siempre que viene aqui, hácia media noche, y para huir de los importunos, tiene por costumbre retirarse á este salon, que le agrada mucho, yo no sé por qué, y en el cual nadie entra cuando él ha entrado. Yo cuidaré de que la puerta quede abierta... ocultaos hasta entonces, y á las doce, no lo olvideis, á las doce, entrad osadamente.

Gast. Pero os repito que yo no le conozco.

Reg. El que se halle sentado ahí, será el Regente, os lo aseguro.—Oigo rumor en los salones, y es menester que yo vaya á recibir á mis convidados. Asi, hasta luego, hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA V.

GASTON.

Si... sí... Una conspiracion es una red de hierro que nos oprime, que nos envuelve, que nos tortura! Despues de entrar en ella es preciso ir adelante... siempre, sin mirar atrás!... Es preciso cerrar los ojos para no ver las lágrimas de los que nos aman; endurecer su corazon para no conmoverse á sus gritos! Oh! Elena, Elena, si tú supieses...

ESCENA VI.

ELENA. GASTON.

Elena. Gaston, Gaston!... Salvo! Libre! Oh! No es un sueño! Gaston! Mi bien! Esposo mio!

Gast. Sí, yo soy, Elena... Una felicidad inesperada... un milagro...

Elena. Has podido huir?

Gast. Sí.

Elena. Y entonces has pensado en mí, has corrido á mi lado... no has querido fugarte sin tu Elena! En eso te reconozco, Gaston mio; mírame, aqui estoy, aqui estoy... llévame adonde quieras... estoy pronta... te sigo!

Gast. Elena, no me has dicho algunas veces con orgullo que no eras la amada de un hombre vulgar?

Elena. Sí! sí!

Gast. Pues bien, Elena; á las almas elevadas es á quienes se les imponen los deberes mas grandes, y por consecuencia las pruebas mas grandes tambien. Antes de ser tuyo, debo desempeñar la mision para la cual he venido á París.—Los dos tenemos que someternos á un destino fatal; pero, qué quieres, Elena, asi es! Nuestra vida ó nuestra muerte no dependen mas que de un solo acontecimiento, el cual se verificará esta noche misma.

Elena. Qué dices, Gaston?

Gast. Prepáralo todo para nuestra partida; y si dentro de una hora no nos hallamos el uno en los brazos del otro, huyendo hácia el destierro, que será para nosotros la felicidad, puesto que viviremos juntos, Elena, no me esperes, y cree que todo lo que acaba de pasar entre nosotros es un sueño... y si puedes obtener permiso, vé á verme á la Bastilla!

Elena. Dios mio! Qué me dices, Gaston?

Gast. Elena, sé fuerte, sé grande, sé digna de tí misma y de tu esposo... y ruega por él... porque rogar por él es hacerlo tambien por la Francia y la Bretaña!

Elena. Gaston!

Gast. No me sigas... te lo prohibo... te lo suplico! (*Vase.*)

ESCENA VII.

ELENA. *Despues* EL REGENTE.

Elena. Yo... perderle!... Qué ha dicho? Le pierdo si me quedo aqui... Y es aqui sin duda donde debe verificarse la horrible catástrofe que pesa sobre nosotros desde el instante en que abandonamos la Bretaña? Ah! Venid, venid, señor; el cielo es quien os envia... Venid, venid!

Reg. Qué teneis, hija mia? De qué proceden esas lágrimas, esa emocion?

Elena. Monseñor, no quiere partir!

Reg. Quién?

Elena. Gaston!

Reg. Le habeis vuelto á ver?

Elena. Si, hace un momento, en este sitio... os repito

que no quiere partir! Sin duda algun proyecto horrible...

Reg. Y sabeis cuál es?

Elena. Lo adivino!

Reg. Hablad!

Elena. Me habeis dicho que el Regente vendria esta noche á vuestra casa...

Reg. Sí.

Elena. Pues bien... eso es!

Reg. Qué?

Elena. Monseñor, Gaston quiere matar al Regente!

Reg. Lo creeis?

Elena. Estoy segura... por ese motivo salió de Nantes; por lo mismo le prendieron; por lo mismo, en fin, le condenarán á muerte!

Reg. Suponeis al hombre que amais capaz de semejante crimen, y continuais amándole, Elena?

Elena. Ah! Bien conocereis vos la implacable lógica de los partidos; no creen en el crimen político; todavía mas, transforman el crimen en accion laudable! Matando al Regente, Gaston cree vengar á la Francia, Gaston cree salvar al rey!

Reg. Vengar á la Francia! Acaso exige ella venganza? Salvar al rey! Por ventura corre algun peligro?

Elena. Sí; el peligro á que ha sucumbido el Delfin; el peligro á que han sucumbido tambien el duque y la duquesa de Borgoña... y en fin, el duque de Berry.

Reg. Pero, cuál es ese peligro?

Elena. El de ser envenenado como el resto de su familia.

Reg. Envenenado! Qué decís, Elena?

Elena. Repito lo que dice la Francia!

Reg. Vos acusais al Regente!

Elena. El que ha herido al abuelo, al padre y á la madre, tendrá piedad del niño, cuando solo ese débil niño le separa del trono?

Reg. Oh! Mi hija tambien!...

Elena. Su hija!

Reg. Hasta mi hija me acusa y me calumnia!

Elena. (*Cayendo de rodillas.*) Mi padre!

Reg. Infames! Infames! Hé ahí lo que han conseguido! Ya no les basta acusarme por lo pasado, sino que me

calumnian en el porvenir! Pero el porvenir no será cómplice suyo... y Luis XV vivirá para justificarme!

Elena. Perdon, perdon, padre mio!

Reg. Levantaos. (*Un reloj da las doce.*) Las doce! Alguien viene!

Elena. Gaston sin duda!

Reg. Silencio! Ocultaos ahí detrás... y ni un gesto, ni una palabra!

ESCENA VIII.

EL REGENTE, *sentado delante de una mesa donde hay papeles.* GASTON, *entreabriendo la puerta. Luego* DUBOIS.

Reg. Sois vos, caballero?

Gast. No me dijísteis que á las doce?

Reg. Sí.

Gast. En esta sala...

Reg. Sí!

Gast. Me colocaríais delante del Regente?

Reg. Sí, y os cumplo mi palabra. Qué buscais? Adónde mirais? A mí es á quien debeis mirar, porque á mí es á quien venís buscando! Vamos, salvador de la patria, salvador del rey, ya estamos uno en frente de otro; vos teneis el puñal en la mano, y yo os presento el pecho... Herid, herid, pues... yo soy el Regente de Francia!!!

Gast. El Regente! Vos!

Elena. (*Saliendo, fuera de sí.*) Mi padre!

Gast. Tu padre!

Elena. (*Tomándole una mano.*) Gaston... de rodillas... de rodillas delante de él... No te he dicho que es mi padre?

Gast. (*Cayendo de rodillas.*) Oh!

Elena. Gracia para él!

Reg. Cálmate, hija mia; levantaos, caballero!

Gast. Y mi juramento? Y aquellos ante quienes lo pronuncié?

Reg. (*Sentándose y escribiendo.*) Bien podrán perdonaros á vos, puesto que yo los perdono á ellos! (*Le da un papel.*)

Gast. (*Levantándose.*) Ah!

Dub. (*Que ha salido por el fondo, y lo ha oido todo.*) Bravísimo!

Reg. Míralos, y di aun que es mal hecho perdonar!

Gast. Dios mio! No me engaño! (*Viendo á Dubois.*)

Reg. Dubois, te presento el caballero Gaston de Chanley.

Gast. Cómo, el capitan La Jonquiere!

Dub. No os lo dije, amigo mio? Cuidadito con la policía de ese bribon de Dubois! (*Al Regente.*) Con que por lo visto, monseñor, la locura es completa! No os falta ya mas que casarlos!

Reg. Sí, los príncipes son mas grandes que por su severidad, por su clemencia!

FIN DE LA COMEDIA.

o el Veronés.
jo de la tempestad.
boda improvisada.
elino el tapicero.
los solterones.
mbre mas feo de Francia.
e toledana.
glar.
stigo de una madre.
emorias del diablo.
casa con dos puertas.
ir.
en bofetones.
en vedado.
rsario.
e por interés.
ar me vuelvo.
nen padre.
io de Bilbao.
well.
y Paulina.
via de palo.
a, viuda y casada.
otestante.
na de Médicis.
allero de industria.
bal el leñador.
la de Belle-Isle.
uelo.
dico y la huérfana.
to del hambre.
scripto.
ollacion de los inocentes.
s celosos.
micos del rey de Prusia.
a día de Castro.
mbre de bien.
cajada.
za.
reto de familia.
aventura de Carlos II.
inera.
cader flamenco.
etario privado.
erna de Alby.
dena.
nobleza.
o Perez y Felipe II.
ll
enga sus agravios.
o
y cobrar el cetro.
años despues.
l novicio.
os.
Pedito.
la cieguecita.
tarios.
y el encojido.
Buecas.
l del Godo.
r razon la espada.
no de Guadalajara.
llo del rey D. Sancho.
a de Lanjaron.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca !
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre !
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Tóo jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

La loca de Lóndres.
Las colegialas de Saint-Cir.
La feria de Mairena.
Elisa, ó el precipicio de Bessact.
El carcelero.
Probar fortuna.
Ya murió Napoleon.
El que se casa por todo pasa.
Los tres enemigos del alma.
Bandera negra.
La copa de marfil.
La prensa libre.
La parte del diablo.
Memòria de un padre.
Cuando se acaba el amor.
El fanático por las comedias.
Periquito entre ellos.
El diplomático.
El parador de Bailen.
La veneciana.
La venganza de un pechero
Beltran el napolitano.
Españoles sobre todo.
La accion de Villalar.

Ademas de las comedias espresadas se han publicado cuarenta hasta hoy 20 de mayo de 1845, cuyos títulos y precios constan en los catálogos que se dan gratis en las librerias que se citan.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 500 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.
60 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.
30 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alcoy, Marti Roig.--*Alicante*, Ibarra.--*Almeria*, Alvarez.--*Badajoz*, Viuda de Carillo.--*Baeza*, Alambra.--*Barcelona*, Piferrer.--*Bilbao*, Garcia.--*Burgos*, Arnaiz.--*Cáceres*, Burgos.--*Cadiz*, Moraleda.--*Córdoba*, Berard.--*Coruña*, Perez.--*Cuenca*, Mariana.--*Granada*, Sanz.--*Habana*, Urban Ramos.--*Huelva*, Reyes Moreno.--*Jaen*, Calle.--*Jerez*, Bueno.--*Leon*, Miñon.--*Lérida*, Sol.--*Logroño*, Verdejo.--*Lugo*, Pujol.--*Málaga*, Aguilar.--*Murcia*, Gisbert.--*Orense*, Novoa --*Oviedo*, Longoria.--*Palencia*, Santos.--*Palma*, Gelabert.--*Pamplona*, Erasun.--*Ronda*, Moreti.--*Salamanca*, Oliva.--*Santander*, Riesgo.--*Santiago*, Rey Romero.--*S. Sebastian*, Baroja.--*Sevilla*, Caro Cartaya y Calvo Rubio.--*Talavera*, Fando.--*Tarragona*, Mallol.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Vitoria*, Ormilugue.--*Zamora*, Escobar y Pimentel.--*Zaragoza*, Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo, 14.
Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.
Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.
—— de **D. José de Espronceda:** un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
Recuerdos y fantasías por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.